

ISSN:1665-7241

Q

215
MAR / 23

www.laquincena.mx

\$50.00



¿Por qué fracasan los partidos políticos?

DERECHA

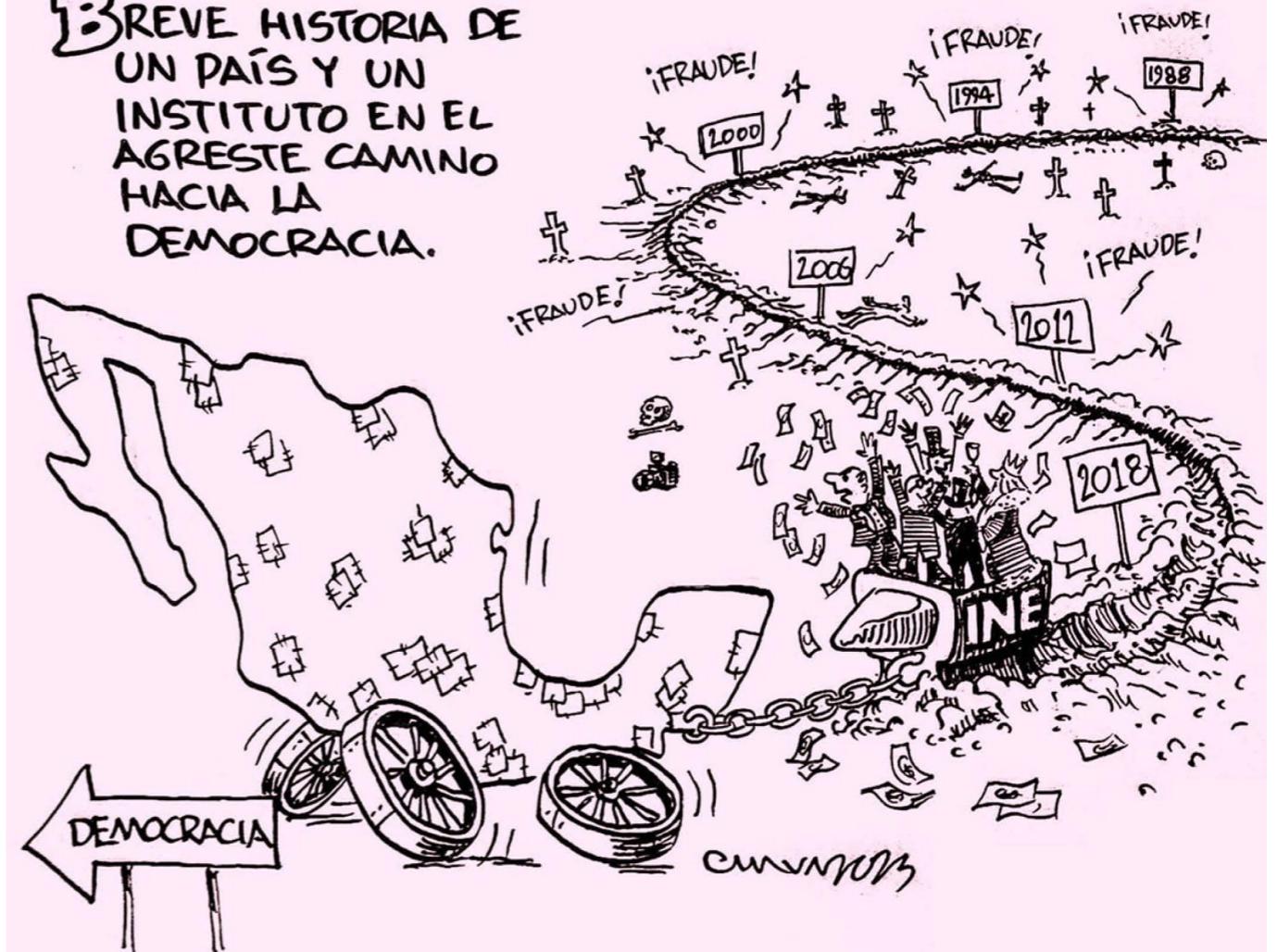
IZQUIERDA





Cartón de Chava

BREVE HISTORIA DE UN PAÍS Y UN INSTITUTO EN EL AGRESTE CAMINO HACIA LA DEMOCRACIA.



facebook

15diario TV

YouTube

Desde Monterrey, Nuevo León, México

Samuel Schmidt

Q

Director
Luis Lauro Garza

Editora
Adriana Garza

Arte y diseño
Martín Ábrego Parra

Comunicación e imagen
Irgla Guzmán

Publicidad
Gerardo Martínez

Fotografía
Rogelio (Foko) Ojeda

Ilustraciones
Salvador (Chava) González

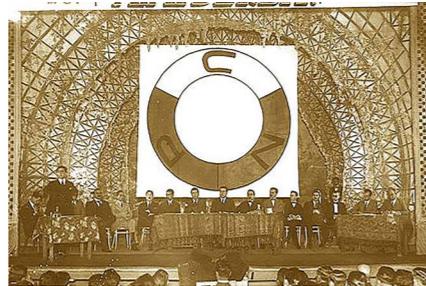
Asesor legal
Luis Frías Teneyuque

3 Cartón de Chava

4 Índice

5 El fracaso de los partidos político
Samuel Schmidt

9 Por qué los partidos ya no son el instrumento idóneo
Mario Rechy Montiel



13 Inexistencia histórica de los partidos en México
Carlos Ramírez

18 Un sistema de partidos que tiende a la eternidad
Ricardo León García

20 La confianza y los partidos políticos
Marcela Maldonado Bodart



22 El fracaso de los partidos en México y Baja California
Alma B. Navarro

25 ¿Disolución o transformación de los partidos políticos?
Margarita Salazar



28 Dilemas contextuales para entender el fracaso del PAN
Xochitl Patricia Campos



31 Fracaso político en Israel
Diana Bank Weinberg y Felipe de Jesús Bello



36 Democracia, partidos, o movilidad de la sociedad civil
Alberto Spektorowski



Austin.- La noción dominante en el análisis de los partidos políticos es que su finalidad es la toma del poder, pero a la luz de las condiciones de la vida política conviene preguntar si además de intentar tomar el poder, son un instrumento para la representación societaria o para la democracia.

En contra d la noción de que la práctica electoral o procedimental de los procesos políticos es por sí mismo un proceso democrático, planteamos que la creación, desarrollo y competencia de los partidos no necesariamente desemboca en la

democracia, como tal vez tampoco son un instrumento que facilita o motiva la representación. El hecho que los partidos se involucren en fraudes y trampas electorales, niega de raíz que sean un instrumento, causa y efecto de la democracia.

Cuestionamos la concepción que supone que la existencia de partidos es señal inequívoca de democracia. Adelantamos la idea de que el número de partidos políticos no necesariamente propicia una participación democrática, pues hay países donde la "pertenencia" al partido es un proceso burocrático que implica que se votará preferentemente por ese partido;

Agradecemos a Samuel Schmidt por su papel como editor de este número de la revista. Una colaboración más entre nuestras publicaciones hermanadas: El Reto y La Quincena.

Diseño de portada: Martín Ábrego Parra.

en otros países es relativamente fácil registrar una lista para competir en la elección, lo que balcaniza la elección y facilita el atrincheramiento en el poder de fuerzas no mayoritarias.

La noción de partidos de militantes, que era el modelo de los partidos de "izquierda", implicaba que ser miembro conllevaba una cierta carga de activismo y hasta de aportación económica; pero este no era un modelo puro, porque al interior del partido se registran divisiones y tensiones importantes. Hay quien sarcásticamente equiparó este modelo a las iglesias, sosteniendo que Marx, Lenin, Luxemburgo... eran dioses, el partido la iglesia, los líderes del partido; los popes y los militantes eran los sufridos monjes. Lo más cercano a la democracia era el ingreso al partido, pero no necesariamente era democrática la definición de liderazgos que determinaban acciones políticas; los líderes de uno de estos partidos en México vendían los conflictos en los que se introducían los militantes.

En los diversos modelos de partido y la conquista del poder se llega a la situación en que muchos de sus miembros y votantes difícilmente se benefician de la toma del poder. Esto requiere varias precisiones: no todos los votantes son miembros del partido, pues muchos votantes simpatizan y hasta se benefician de las acciones del gobierno; hay votantes a favor del partido que son afectados por las acciones del gobierno; hay votantes en contra del partido que se benefician de acciones gubernamentales.

En el caso de no tomar el poder, hay partidos que se convierten en grupos de interés, que utilizan su posición política para negociar prebendas, hasta el grado de convertirse en instrumentos de negociación que benefician al liderazgo, el que muchas veces, como en el caso del Movimiento Ciudadano y Partido Verde mexicanos, están controlados autocráticamente, y el Verde es un portento de corrupción, donde hasta el asesinato se le ha solapado. Este, claro está, es un caso extremo del uso de la posición política para pisotear el Estado de Derecho.

Una regla capitalista supone que la competencia es necesaria para lograr eficiencia y productividad; este principio ha sido trasladado a los partidos políticos, implicando que a mayor número de partidos mayor juego, y por lo tanto mayor democracia; esta regla no se cumple en Estados Unidos, país ejemplo del capitalismo salvaje, donde no hay estímulo ni facilidad para el surgimiento y competencia de un tercer partido político; los partidos existentes (Partido Comunista, Reform, Libertario, Socialista, Ley Natural, Constitución, Partido Verde) sirven para sostener que hay un sistema multipartidista en el papel, pero bipartidista en la práctica.

La regla capitalista de la competencia posiblemente sea correcta si reducimos lo democrático al cumplimiento de reglas procedimentales, pero hay que agregar las trampas y el fraude electoral que están presentes en casi todos los países. La postura de los republicanos estadounidenses, país faro de la democracia, es que hubo fraude electoral en la elección presidencial de 2020. Hay partidos que no superan su condición de minoría y que negocian su porción del voto para apoyar a los partidos mayores; hasta se ha generado el concepto de partido bisagra, que explica que un partido político, siendo muy menor, puede aportar el porcentaje que define una elección, lo que le da una relevancia mucho mayor a la de la población que lo apoyó; si bien esto es parte de las reglas procedimentales, claramente no es democrático, porque una fuerza minoritaria puede determinar temas sustanciales para la gran mayoría de la población, como es el caso de los partidos ultra ortodoxos en Israel.

Respecto al componente procedimental, llegamos a la dimensión representativa que requiere de instancias de organi-

zación, representación y movilización para la elección y hasta mediación con el poder político. En algunos casos los partidos son un instrumento de organización viable, efectivo y eficiente, y en algunos países lo son en conjunto frente a la complejidad de las sociedades y el crecimiento demográfico que dificulta la elección directa. El problema lo es en los países donde la diversificación social implica posturas ideológicas divergentes; y en un esquema ideal, los partidos deberían cubrir la mayor parte del espectro o gama de las ideas. La falla en la representación o representatividad ideológica de los partidos le quita opciones a la sociedad y resta posibilidad democrática, aunque aceptemos que es muy difícil tener una representatividad total. Desafortunadamente, no hay nada ni nadie que puede obligar a que se creen partidos que cubran la amplia gama ideológica, pero en cambio se presenta la situación de partidos que abiertamente contradicen la base ideológica que los vio nacer, o con la que se presentan ante la sociedad; en México es el caso del Partido del Trabajo (con raíces maoístas), o el Partido Verde Ecologista (que no es ninguna de ambas cosas); alguien dice que es el partido de las tres mentiras. De alguna manera, no se puede dejar de pensar en Orwell y la alegoría de los cerdos iguales al pensar en los partidos políticos.

En el centro de esta discusión está discernir si los partidos son un instrumento para lograr la democracia, partiendo del principio de que lo procedimental es uno de los elementos del sistema, que además incluye lo económico, judicial, social, un sistema que para serlo debe garantizar igualdad y libertad.

Los partidos políticos no son necesariamente un instrumento de mediación entre la sociedad y el poder, a menos que estén en el poder y se vean o funcionen como instrumento del clientelismo político. En el caso de los cuadros medios del Partido Comunista Chino, conocidos en la década de los sesentas del siglo pasado como los mandarines, eran líderes regionales que suponían enlazar al poder central con las regiones, tema sustancial en un país de esas dimensiones; pero debemos abordar ese caso como el de un sistema de partido único. Un partido perdedor en las elecciones difícilmente cuenta con los medios para influir en las decisiones gubernamentales, carece de capital político para negociar con el gobierno y con eficiencia relativa puede recurrir a la movilización de sus bases para lograr ganancias o concesiones políticas, pero esto es relativamente complicado y poco frecuente; ese partido tiene que esperar su turno en el poder, para conducir el gobierno en su dirección político-ideológica. En el caso de gobiernos divididos, por ejemplo un partido controlando el poder ejecutivo y otro el legislativo, un partido puede obstruir y postergar decisiones; esto genera tensiones y conflicto social, porque la acción posterga la satisfacción de los intereses de algunos sectores sociales, buscando afectar las expectativas de voto en las elecciones. En el caso de Estados Unidos, los republicanos desde el congreso buscan descarrilar la política económica del gobierno federal, buscando crear una situación caótica que hunda al país como medio para ganar elecciones; modelo similar sigue la derecha mexicana, la diferencia entre ambos es que en México no controla el poder legislativo y solamente puede lograr obstruir reformas constitucionales.

El segundo problema consiste en que de alguna manera los partidos políticos llegan a asumir al individuo como masa, pero la sociedad está conformada por clases sociales, así que la búsqueda de recursos se vuelve muchas veces demagógica, y en nuestro tiempo para atraer el voto recurren a la mercadotecnia política buscando "vender" de la mejor manera a sus candidatos, independientemente de si hay propuestas.

Esto nos lleva al tercer problema, los partidos políticos buscan el poder por el poder y no necesariamente se preocupan por articular propuestas de gobierno o modelo de país, lo que lleva a la demagogia, o sea, que los políticos prometen algo que de antemano saben que no podrán cumplir. Domingo Torrorelli, candidato a la presidencia de Uruguay en 1946 y 1950, se burló de estas prácticas cuando ofreció: "Propongo que entre Rivera y Montevideo se construya una carretera ¡en bajada!, para que los camiones de carga ahorren combustible". En este terreno, un partido cargado a la ideología, frente a partidos políticos inclinados a la lucha mercadotécnica, posiblemente se encuentre en desventaja porque existe un vacío discursivo que no ofrece referentes de contraste, y esto puede afectar a la sociedad para poder elegir entre opciones distintas.

La sociedad ha reaccionado ante la demagogia y la ineffectividad de los partidos de muchas maneras; una forma efectiva y dolorosa para los políticos es la ironía, como cuando en Ciudad Juárez en 1982 hicieron desfilar al burro Chon como candidato, y este fue detenido por las autoridades sanitarias; en 2013 resurgió con la consigna *Mejor un burro como presidente municipal, que un presidente burro*. Ese mismo año, en Xalapa un ciudadano lanzó a su gato como candidato bajo el lema: *¿Cansado de las ratas? Vote por un gato*. El *candigato* se la pasa durmiendo (lo que lo hace parecerse a los políticos) y consiguió alrededor de 600 votos. El *candigato* luego se presentó en otras ciudades. Que un burro o un gato sean vistos como opciones políticas, aunque sea irónicamente, confirma la noción de que los partidos políticos en México son una de las instituciones con menor credibilidad y aceptación. Los partidos pequeños que no crecen, aunque puedan funcionar como bisagra, sin duda muestra que son un fracaso.

Un cuarto problema es la tendencia a la burocratización y oligarquización en los partidos, que inhibe las prácticas democráticas, al consolidar los intereses de una minoría que se apodera del partido. En los sistemas donde la burocracia del partido controla su representación en el Estado, como en el poder legislativo, se consolidan los intereses de la oligarquía, como es el caso de los partidos políticos mexicanos.

El componente procedimental se reduce a ser un medio para la elección de líderes o representantes y en muchos casos son procesos que simulan competencia. En el caso mexicano hay un factor mayor de preocupación: la burocracia partidista elabora la lista de legisladores que ingresan al poder legislativo como diputados o senadores plurinominales, con lo cual las votaciones en el congreso responden a los intereses de la oligarquía partidista, muchas veces ligada a la oligarquía económica y no al pueblo, porque a final de cuentas el compromiso de esos legisladores es con la burocracia y no con los votantes. En el caso del PAN, el presidente del partido designa líderes legislativos, con lo cual somete la agenda legislativa a su control.

Si la cuestión procedimental no se depura del todo manteniendo problemas de representación, también hay cuestionamientos con los otros elementos de la desigualdad económica y social que los partidos son incapaces de corregir, entre otras cosas porque no consideran que es su función, que no están equipados para hacerlo (aunque podrían manejarlo en sus agendas legislativas) y porque están sometidos a intereses económicos y políticos.

Los partidos políticos usualmente son inefectivos ante las desviaciones judiciales que anulan la premisa de que todos son iguales ante la ley. En conjunto, la problemática planteada muestra que la democracia, como un sistema con libertad e

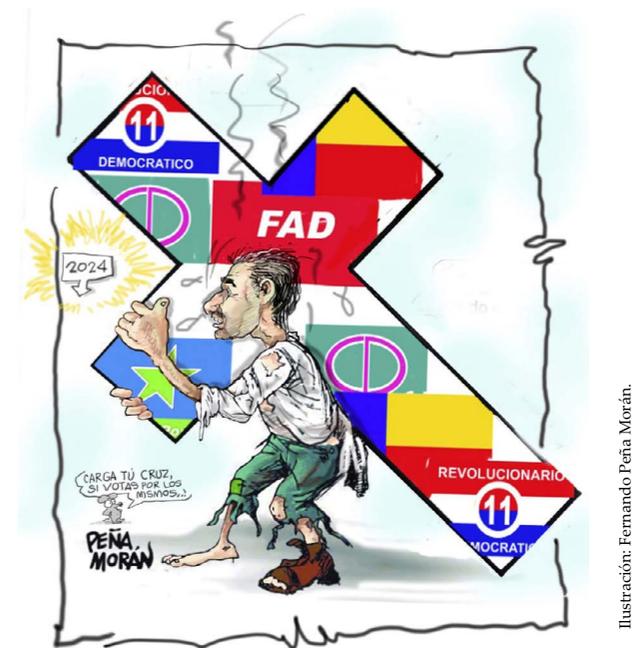


Ilustración: Fernando Peña Morán.

igualdad, está cuestionado.

Para juzgar si el partido no ha fracasado, debemos preguntar si es capaz y tiene la voluntad de reformular las condiciones esenciales del sistema, premisa que no se cumple en los sistemas autoritarios, donde pueden darse procesos electorales sistemáticos, pero las libertades pueden manipularse arbitraria y caprichosamente, y los partidos se benefician de esta condición, porque cuando llegan al poder reproducen las desviaciones, descubren que es más cómodo gobernar con autoritarismo que con democracia, y trátase del partido que sea, preserva los factores autoritarios.

Ni que hablar de los sistemas totalitarios, donde el partido es un instrumento del totalitarismo; ahí llega a existir un partido omnímodo, que da la apariencia de que la participación electoral es tomada en cuenta, cuando en realidad la burocracia y la oligarquía del partido es un engranaje central en la estructura política que somete a las opciones e iniciativas de libertad.

En los sistemas más abiertos, definidos como democráticos porque hay un esquema de libertades más amplio, los partidos también tienden a burocratizarse, aunque muchas veces se someten a la maquinaria gubernamental y a los grandes intereses económicos, ahí se fortalecen las posiciones electas; en Estados Unidos hay congresistas que se reeligen por 30 años; la lealtad es cuestionable, pues muchos militantes y líderes se cambian de partido con desparpajo; una senadora en Estados Unidos se salió del partido a los pocos meses de haber ganado la elección; hay otros que se van al partido de enfrente o se vuelven independientes, y la gente se encuentra sin representante, aunque define su pertenencia partidista en cada elección, como requisito para votar en la elección primaria. Ningún sistema está exento de burocratización y oligarquización partidista.

Los partidos se llegan a definir por la ideología que enarbolan, sin embargo, también en este terreno hay debilidad, por lo frágil del compromiso con las ideas. Imagínese un partido verde, que promueve la pena de muerte, siendo que supone respetar en primerísimo lugar la vida. En este terreno los partidos registran un déficit de representación, porque de imponerse a tomar el poder deben promover su ideología, con lo que dejan fuera a todos aquellos que se oponen a la misma, y que hasta



pueden ser mayoría. El gobierno israelí de 2023 ganó en base a una coalición de derecha y ultraderecha, pero no hizo campaña promoviendo una agresión contra el sistema judicial, y avanza en la aprobación de la misma, no obstante las protestas multitudinarias que duran unas 12 semanas, y que ya registran hasta 500 mil personas manifestándose; las oligarquías de los partidos determinaron la postura de agresión al contrapeso judicial, y sus parlamentarios apoyan con el voto.

Hay sistemas de partido único, bipartidistas dominantes, que cierran la puerta para la organización y competencia de otras alternativas multi partido, en los que puede haber un partido hegemónico, de abierta competencia con estabilidad y con inestabilidad. Hay sistemas parlamentarios con facilidad para el registro de listas políticas; hay sistemas presidenciales que en la práctica restringen el surgimiento de fuerzas electorales alternativas. Ninguno es perfecto y cada uno tiene una historia que lo explica.

El partido político se enfrenta a dos procesos electorales. Uno interno, para elegir instancias de dirección política, que si bien deberían ser elecciones democráticas, muchas veces representan el choque entre facciones que no necesariamente representan a las bases; la segunda es la lucha por el poder, donde el partido se confronta con otros partidos, en lo que supone ser elecciones democráticas, honestas y correctas, como para alimentar la legitimidad. Si el proceso interno de elección no es democrático, ¿cómo puede ese partido pretender darle un tinte democrático a las elecciones por el poder? Además de no poder garantizar elecciones sin trampas.

Un elemento importante en cualquier sistema político es el derecho de las minorías o la posibilidad de estar representadas y tener alguna voz en la toma de decisiones. Los partidos por necesidad o voluntad, se centran en la representación de ciertos intereses o ideologías, dejando de lado a los que no colman con ellas, lo que nos lleva a la cuestión de si la conformación del partido es uniforme y la membresía es homogénea; o si dentro de los límites de su ideología se respeta la diferencia, con lo que se da la posibilidad de existir minorías dentro del partido y la necesidad de que se les respete la voz y se les facilite influir.

El caso del partido en los sistemas socialistas difiere del planteamiento de los partidos en el sistema capitalista. En el socialismo el partido es “vanguardia” revolucionaria (como lo definiría Lenin) y se apodera del Estado, convirtiéndose en un partido de Estado; mantiene elecciones para la conformación de las instancias de dirección, pero no permite competencia partidista; y es dirigido por una cúpula que se asemeja a la oligarquía de los otros partidos. Los chinos enfrentaron el poder que adquirirían los mandarines, como si fuera una desviación inaceptable para la dirección nacional, y fueron desplazados del poder con la revolución cultural.

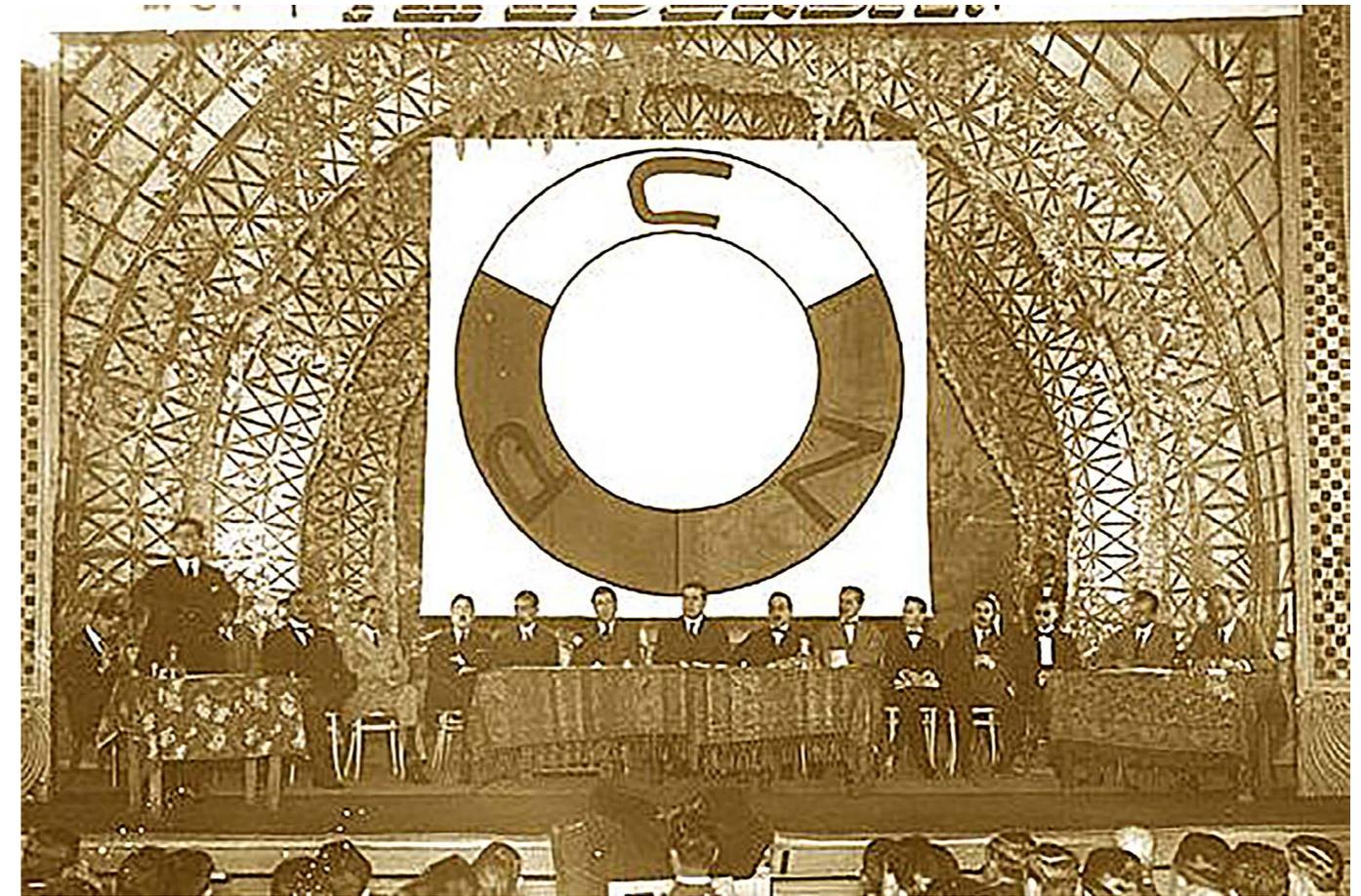
Conclusión

Los partidos se manejan en el terreno de la representación para la toma del poder, pero son los responsables de luchar por la democracia, tarea para la cual en varios países se destinan fondos públicos, también para que no caigan en las manos de delinquentes o de los intereses económicos. Una observación rápida en el mundo nos muestra que cada día los partidos políticos se divorcian de los intereses de la sociedad y configuran un proyecto político propio, que usualmente es contrario a pautas y prácticas democráticas. Los partidos han fracasado en tanto que instrumento de la libertad, la igualdad y la democracia.

Nota: Algunas de las ideas sobre la oligarquización se beneficiaron del ensayo: García Jurado, Roberto. 2009, “La oligarquía en los partidos políticos”. Moisei Ostrogorski, La democracia y los partidos políticos, Madrid, Trotta, 2008. Polít. cult. no.32 México ene. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-77422009000200011

Por qué los partidos ya no son el instrumento idóneo

Mario Rechy Montiel



Ciudad de México.- Todas las formas de organización responden a determinadas condiciones materiales, de organización, de participación, y de cultura. La familia, que pareciera formar parte del sentido común y los hábitos generales, está cambiando. Y aunque seguimos pensando en papá, mamá e hijitos, existen muchas familias de un solo progenitor, que trabaja y se hace cargo de su prole. Por citar un ejemplo. Pero yendo más lejos en el tiempo,

hubo antes familias sindiásmicas, familias endo y exogámicas, familias de varios tipos colectivos, y familias extensas, donde convivían y estaban organizados, tanto laboral como funcionalmente, hasta tres generaciones.

De la misma manera, hubo días gloriosos para muchos partidos, que junto con las doctrinas que les fueron características, marcaron el ritmo de sus tiempos, o definieron el curso de sus naciones. Recordemos a los partidos ja-

cobinos y girondinos, representando los primeros a la baja burguesía, las clases medias y el pueblo pobre, y los segundos a la alta burguesía, los comerciantes y algunos intelectuales. Ellos y su lucha modelaron la revolución francesa.

Recordemos también a los bolcheviques, élite formidable, que reunía a lo más granado y culto de una sociedad, y que, habiendo asumido la filosofía de Carlos Marx, y habiéndola adaptado a las condiciones de su país, dieron un golpe de estado durante una revolución plural, para instaurar su dictadura, y definir no solo el destino de Rusia durante siete décadas, sino también influir en la situación del mundo, a través de los partidos que se adhirieron a su causa, buscando objetivos similares.

En México, también tuvimos dos grandes partidos en el fin del Siglo XIX y las primeras décadas del Siglo XX. Primero el Partido Liberal, que en realidad era un partido anarco comunista, fundado por los hermanos Flores Magón, y otros brillantes pensadores y líderes políticos. Ellos recorrieron el país, y la historia nacional, para decantar una propuesta de revolución social, es decir, de una revolución que no buscaba cambiar a la élite gobernante, sino organizar la economía y la sociedad de manera autogestiva, para distribuir la tierra y administrar las empresas con una orientación colectiva de satisfacción de necesidades, y dejando al Estado como simple administrador que repartiera los recursos. Un partido que no habló de dictadura, como en Rusia, porque sus líderes no solo venían de pelear contra la dictadura de Porfirio Díaz, y lo que perseguían era una sociedad democrática. Pero que no adoptaron el concepto de socialismo o comunismo para caracterizarse, porque su afán era agrupar a la mayoría, y esa mayoría no estaba informada ni conocía la doctrina, y podría haberles apartado de muchos ciudadanos. Sus demandas eran repartir la tierra, organizar a los trabajadores, y establecer un régimen laboral con equilibrio y justicia. Dejando el objetivo estratégico para un proceso fundado en el reparto de utilidades, que habría de hacer propietarios a los productores de manera progresiva.

Sus planteamientos, claramente expresados en el Programa del Partido Liberal, que difundieron como nunca (ni antes de ellos, ni después de ellos), se hizo llegar y leer a la gran mayoría de los ciudadanos. Planteamientos que, convertidos en divisa y objetivos de miles de participantes en las luchas de

la revolución, procesos de gobierno y tareas legislativas, pudieron dejar una impronta social en varios artículos de la Constitución, aprobada cuando los fundadores del Partido habían sido asesinados.

El otro partido que cubrió prácticamente todo el Siglo XX, fue el Partido Revolucionario Institucional, que antes tuvo también las denominaciones de Partido de la Revolución Mexicana, y Partido Nacional Revolucionario. Ese Partido nació fusionando por la fuerza a más de un centenar de grupos políticos que eran producto de la Revolución que había comenzado en 1904, con las huelgas organizadas por el Partido Liberal, y que, tras una década de guerra, generalizada en 1910, habían dado el triunfo a los caudillos militares. Esos grupos comprendían una gran diversidad ideológica, como lo había sido la Revolución, y como era la sociedad mexicana.

A la sazón, gobernaba en la capital del país el Partido Cooperatista, liderado por un potosino criollo de nombre Jorge Prieto Laurence, que, además, tras las primeras elecciones legislativas después del derrocamiento del dictador, tenía más del noventa por ciento de los escaños. Pues el Partido Cooperatista había sido la única fuerza organizada, sobre las bases de la doctrina social de la Iglesia católica, amalgamadas con la ideología del Partido Liberal.

Plutarco Elías, que tenía el control hegemónico de las fuerzas revolucionarias tras el asesinato de Venustiano Carranza, decidió que no convenía ni dejar el gobierno de la capital a un partido ajeno a los caudillos, ni permitir esa diversidad política que impedía la conducción según decisiones centralizadas y afines al grupo militar. Consecuentemente, para la fundación del partido que sería, a su vez, el fundador del sistema político, se ordenó la unidad de todos los que no fueran parte del Partido Cooperatista. Los que dudaron fueron comprados. Y los que no se pusieron en venta fueron asesinados. Y de esa forma, y con esas características, nació el 4 de marzo de 1929, el partido que gobernó México hasta el año 2000.

Resulta importante contextualizar esos hechos, pues respondían a una situación de cultura ciudadana, a un momento de evolución de las ideas políticas, a un proceso de cambios históricos, en el que se cuestionaba un modelo de evolución o desarrollo de la economía, y a un conjunto de ideas, que amalgamaban las ideas de nación, independen-

cia, soberanía, democracia, prosperidad, justicia y ley.

Pero también conviene reparar en las formas de participación política que tenían los ciudadanos, así como el clima de civilidad o violencia que caracterizaba a cada una de esas sociedades, que eran el espacio de aparición y actividad de cada una de esas organizaciones políticas.

Rusia y México eran pueblos con ancestral tradición campesina y comunitaria, con escaso desarrollo industrial, con malas comunicaciones, y que salían o se sacudían prolongadas dictaduras o regímenes centralistas y autoritarios. Pero había también una coincidencia cultural política. En ambas naciones los ideólogos anarquistas habían precedido a los modernizadores, fueran marxistas o capitalistas. Y en ambas naciones esos ideólogos habían optado por una participación que no tuvo eficiencia o impacto en la constitución del nuevo poder.

Obshina y Ejido; Herzen y Bakunin paralelos a los Flores Magón; Vera Zazulich y Zapata o Villa. Víctor Chernov y Otilio Montaña con Lucio Blanco.

Pero había algo más. Se trataba de sociedades donde se mezclaba la visión bucólica popular con el afán de progreso, y en donde los efluvios del romanticismo alimentaban la imaginación utópica y la participación llena de ideales y valores de heroísmo.

Y todo ello contrasta hoy con el nuevo clima moral y las ideas en circulación. Mientras en aquellos tiempos la política despertaba sentimientos de respeto, por el compromiso que representaba hacia las causas nobles y reconocidas, hoy, un siglo después, la política despierta desconfianza, dados los muchos ejemplos de corrupción, inconsecuencia, falta de ideales y el carácter venal o interesado de sus protagonistas.

Aquellas eran sociedades en búsqueda de un cambio avizorado, descrito, idílico. Mientras hoy el cambio es incierto, la ruta varias veces fallida, y el ánimo lleno de pragmatismo y confusión por la postverdad.

Los héroes de la etapa de ascenso de los partidos eran como la Madre de Máximo Gorki, o como los personajes de Emile Zola, especialmente los de su novela *Germinal*, donde la lucha adquiere un aire de apostolado, con sacrificios que se pueden sostener gracias a las convicciones sociales y éticas profundas de los luchadores.

En el mundo actual, pero especialmente en naciones como Rusia y México,



el clima entre los nuevos trabajadores y jóvenes, es de desencanto. Un reiterado extrañamiento ante espejismos que parecían verdaderos, ante promesas que tuvieron escasa duración, ante proyectos que arrancaron muy promisorios, y al poco se revelaron mediocres o escasos de aliento y alcance.

En los comienzos del Siglo XX los partidos fueron decantando los principios que animaban o insuflaban pensamiento y compromiso. Principios que recogían los ideales y expectativas de justicia, igualdad, moderación de privilegios, y una ruta de mejoría general.

Pero cincuenta años transcurridos desde el fin de la segunda guerra, levantaron una cultura positivista, que fue descuidando la educación moral, desdiciendo las utopías, adiestrando en la productividad, exaltando la eficiencia, acostumbrando a los jóvenes a competir y basar su prosperidad e intereses en la capacitación, más que en la formación humanística.

Las declaraciones de principios pasaron a ser documentos de la historia. Y los manifiestos, donde se hacía declaración de fe, o se exponían los objetivos más caros y de largo plazo, dibujando el porvenir de fraternidad, o el Arcadia de justicia, para los literatos o los soñadores, pues la mayor parte de los ciudadanos tenían que asumir una vida más realista, fueron sustituidos por documentos fríos, semejantes a manuales

de manipulación de aparatos eléctricos, o instrucciones exactas para operar un programa.

Los partidos de viejo cuño fueron perdiendo su elán, su arrastre, y los nuevos militantes fueron siendo, cada vez más, medidos en función de su capacidad pragmática, y su desempeño eficaz.

Eso ha sido parte de una sociedad en la que fuimos transitando desde el trivium y el quadrivium, hacia las materias de ética y civismo, además de historia y barniz sobre el pensamiento de los filósofos clásicos, para caer luego en un énfasis de la ciencia positiva, la tecnología y más recientemente el mundo cibernético, donde en lugar de los muchos casos del juicio, o el silogismo, pasamos a una lógica simbólica, donde el contenido dejó de estar presente, y solo se admiten combinaciones binarias.

Y en el Estado se vivió un fenómeno similar, pues de la etapa de los hombres que gobernaban con altos principios y valores, se pasó a los presidentes que tenían que resolver cuestiones más prácticas de presupuesto, de administración y de comercio. Con la consecuente sustitución paulatina de un énfasis en la educación, para ir aumentando un conjunto de servicios de salud, modelos de producción y organización de la modernidad.

Los problemas persistieron. No porque los partidos hubieran dejado de considerarlos, sino simplemente porque

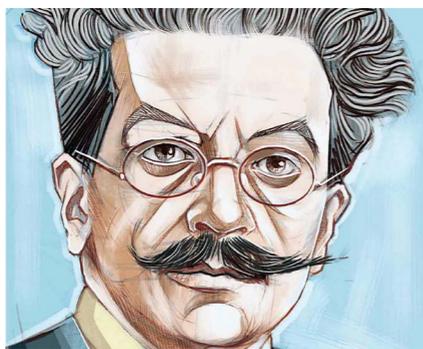
las ideas políticas con las que los habían abordado no habían aterrizado en soluciones radicales o abarcadoras. En Rusia se industrializó, y se cubrieron las necesidades básicas. Pero el régimen tuvo que mantener centralizado el poder; bien porque había que reunir el capital y concentrar las fuerzas, o porque la tradición de dictadura terminó por perpetuar el control del estado en una sola persona. En México, por su parte, los objetivos de la Revolución crearon un conjunto de instituciones que se proyectaron extendiendo la salud, o la educación, y desarrollando la agricultura, pero que tuvieron la limitante de conservar una economía dependiente del vecino, que ha sido el protagonista hegemónico del bloque occidental del capitalismo.

En ambos países, el partido único fue lo distintivo del Siglo XX. Y las luchas de los ciudadanos por sacudirse el control del sistema no fraguaron o fueron capaces de impulsar una organización alternativa. Ni siquiera cuando el partido hegemónico fue removido del poder, en México se consolidó una nueva organización ciudadana. En Rusia, la sucesión tuvo lugar con la conversión de las fuerzas de seguridad dirigidas por una facción de comunistas que habían mantenido su filiación como simple camiseta, pero con ninguna convicción. Y que creyeron posible asumir el mundo occidental y asimilar su modelo de prosperidad. En México ni siquiera

hubo partidos nuevos que consiguieran ocupar el espacio que los ciudadanos arrebataron al sistema. Fueron solo membretes o registros formales los que sirvieron o prestaron su figura para aglutinar el descontento y ganar el poder administrativo del gobierno. Porque no hubo cambios ni en la economía, ni en la dependencia.

Y como los problemas han persistido, los ciudadanos han ido inventando nuevas formas de protesta, de participación, para tomar en sus manos las decisiones de vida, de economía, o de gobierno. Los disidentes rusos que escogieron las vías tradicionales se estrellaron con el aparato omnímodo. Y sus líderes fueron rápidamente asesinados, casi en proporción a su sinceridad y en la medida que incidían en la opinión pública. Ahí están los casos de Boris Berezovsky (2013), Natalya Estemirova (2009), Anastasia Baburova y Stanislav Markelov (2009), Anna Politkovskaya (2006), Alexander Litvinenko (2006), Paul Klebnikov (2004), Serguéi Yushenkov (2003), Yuri Shchekochijin (2003), Vladímir Golovliov (2002), Valentín Tsvetkov (2002), que eran periodistas, diputados, promotores de nuevos pequeños partidos, que se oponían a las decisiones de Putin, o que cuestionaban la hegemonía del Partido Rusia Unida, que había proyectado al grupo de Putin al poder. A ellos, que son las víctimas más conocidas, se agregan unos trescientos periodistas o analistas más, todos los cuales han mostrado que la lucha difícilmente puede seguir los cauces tradicionales. Al menos durante esta etapa de autoritarismo y violencia del Estado. Violencia que ha castigado incluso a quien se atreve a cantar canciones de rabia y protesta, como le ocurrió a Nadiezhda Tolokonnikova y su grupo de mujeres de Pussy Riot, que pasaron años recluidas en Siberia. Dorenko, periodista, y Navalny, líder de un pequeño partido, siguen vivos, pero su actividad es cada día más difícil. Sólo hoy los inconformes con el reclutamiento, que se organizan para salir de Rusia, o para eludir la guerra, representan un primer movimiento de resistencia.

En México también se estuvo asesinando a los opositores, empezando, desde luego, por los que venían de la izquierda, y que integraron el Partido de los Pobres (que nada tuvo que ver con el slogan lopezobradorista de los pobres), la Liga Comunista 23 de Septiembre, o los campesinos de diversas regiones en donde se practicaron masacres. Todavía



después de la elección fraudulenta de 1988, se mató al candidato opositor Manuel Clouthier, y a seiscientos militantes del Frente Democrático Nacional, luego Partido de la Revolución Democrática, que habían participado en la contienda contra el candidato del sistema.

De esta manera, la sociedad ha tenido que inventar nuevos caminos. Menos inspirados en la experiencia histórica, y más apegados a las nuevas condiciones. Y ha sido la incapacidad de los gobiernos para atender las prioridades generales, la que ha ido dictando las medidas necesarias que los pobladores de las distintas regiones han tenido que ir instrumentando, para resolver sus necesidades. La primera de las cuales es la seguridad y la paz social. Pues como el ejército está coludido con los delincuentes, ha sido la sociedad la que ha ido creando policías comunitarias, u organizando grupos de defensa ciudadana.

Apenas hoy (marzo de 2023), mil campesinos de Guerrero se enfrentan, armados, a un cártel de narcotraficantes, sin intervención del ejército ni la guardia nacional. Y en Cherán, los pobladores cumplen más de una década de haber proclamado la resistencia y conseguido la autogestión de la vida productiva, comunitaria, política y administrativa.

Pero el ejemplo más notable son los caracoles zapatistas. Ahí, pueblos enteros, de indígenas tzotziles, tzeltales, tojolabales, y otros, han separado del curso nacional de eventos, la vida de sus comunidades. Ellos organizan la producción, la educación, la administración de justicia y la construcción de nuevas relaciones entre los ciudadanos. Y ningún partido ha sido capaz de recoger esas experiencias para expresarlas como parte de sus programas.

La sociedad urbana, occidental, convencional, con sus leyes, sus instituciones y sus prioridades, se está mostrando incapaz de recoger la experiencia social. Mientras la necesidad empuja a los grupos humanos a emprender, de manera

creativa, nuevas formas de organización.

En todos estos lugares donde surge o se organiza la nueva sociedad, son procesos autogestivos los que han ido garantizando avances o conquistas. En ningún caso vemos a los partidos, o a personas organizando formas partidarias de trabajo.

En México la experiencia social, aún la de las grandes concentraciones como la capital del país, está revelando formas de participación distintas a la tradición partidaria. Mientras los partidos, sin propuestas para resolver los problemas de la economía, de la producción de alimentos, o de seguridad, se confrontan en una lucha de calumnias recíprocas, de descalificaciones y de forcejeos por los cargos públicos.

Es evidente que el Estado incluso se encuentra en profunda crisis. Los índices de atención a la salud, a la educación, y la incapacidad para diseñar estrategias que abran nuevos empleos, han empujado a la sociedad a resolver por sí misma los imperativos.

En cierta forma podemos decir que la economía informal, de la que se quejan los hombres del mundo convencional, es una economía emergente, que no pudo crear el Estado, y para la cual no tiene tampoco política. Y menos la tienen los partidos.

Los partidos están en el juego electoral. Pero más allá de organizarse para escoger candidatos, que ciertamente parecen alejados de los procesos reales, donde se viven o resuelven los problemas colectivos, van sustituyendo en los cargos públicos a generaciones de nuevos políticos, que la sociedad no ve, no necesita, ni seguirá avalando.

Porque parecemos estar transitando hacia una sociedad más participativa, que conforme se autoorganiza, sobrepasa el contexto de la vida de partidos, y más bien construye un nuevo Estado, autogestionario, autónomo, que surge en muchas partes, a veces sin contacto entre los grupos o núcleos, pero enfilados hacia una misma estrategia, que se caracteriza por no depender ya más del gobierno o la política nacional, y que pone todo su empeño por diseñar soluciones locales.

Al parecer, el ideal anarquista de la libertad que se construye sin poderes centrales, tiene mucho de realidad, y cada vez menos de utopía.

¡Salud y Revolución Social!

Inexistencia histórica de los partidos en México

Carlos Ramírez*



Ciudad de México.- 1) *Introducción.* Para obviar lecturas, comencemos por el final: *Los partidos políticos hoy en día son agencias de empleos que tienen la finalidad única de regular sistemáticamente el acceso social a los cargos de elección popular de la política, entendida ésta como poder, polis, politeia, civitas y cive, pero a partir de agrupaciones de intereses y no en torno a ideas, objetivos, propuestas o meras participaciones en los asuntos públicos.*

Reajustando la cronología de los modelos de partidos de Unai Ahedo, las fases de los partidos políticos pueden ser seis: Sociedades mutualistas, revolución industrial, siglos XVI-XVIII.

Partidos de élites, siglo XIX,
Partido de masas,
Partidos *catch-all* 1945 en adelante.
Partidos *cártel* 1970 en adelante.

Partidos como agencias de empleo, 1989 en adelante.

Los partidos políticos han fracasado en el cumplimiento de sus funciones (representar la participación de sociedad organizada en asuntos del poder) porque se han confundido, enredado o desasociado sus funciones: estructuras de regulación para la participación en los asuntos públicos. Sin embargo, se les ha otorgado la función orgánica de responsabilidades que

corresponden a los intereses de los dirigentes de los partidos y no a sus representados o sus militantes o sus votantes. Es decir: fallan los políticos, no las estructuras. En la dinámica funcionalista y constructivista, los partidos son lo que sus dirigentes quieren ser, pueden ser o aspiran a ser y lo que los partidos opositores les dejan ser.

Los partidos no son lo que sus militantes o representados quieren ser. De ahí la importancia de otorgar mayor atención al análisis de la militancia (Gramsci) que a la dirigencia (Michels), o a la estructura/miembros/dirección (Duverger).

Los partidos son producto de tres contradicciones: la lucha de clases como espacio de participación en las decisiones de poder, el grado de madurez cívica y política de la sociedad y la dirigencia oligárquica sin representación de votantes.

2) *Los partidos políticos surgieron como agrupamientos sociales e ideológicos que eran necesarios para acceder a las estructuras del Gobierno.* El primer fermento formal de los partidos fue la protesta de los barones ingleses en la Carta Magna de 1215 para evitar los abusos de la monarquía en el cobro de impuestos para financiar sus guerras, pero en el fondo sostener la incapacidad productiva recorte y su creciente volumen de gastos. El

principio de que *no habría contribución sin representación* de la *Bill of Rights* de 1689 condujo a la necesidad de crear los primeros parlamentos a través de los mecanismos formalizados por la revolución inglesa de 1642-1688 y la Revolución Francesa de 1789-1799.

En este esquema, los partidos nacieron para evitar el dominio absolutista del Estado monárquico, teniendo como punto de origen la representación burguesa de los barones propietarios de la tierra y luego de la sociedad. La revolución industrial del siglo XVIII dinamizó el modo de producción y prohió a las clases sociales que tendrían que regular la función del Gobierno y las facultades monárquicas en estructuras de representación formales.

Los partidos políticos se crearon para representar la organización de la sociedad por riqueza, representación productiva o comunidad de intereses sociales. Fueron las instancias para regular el acceso al poder institucional a través de elecciones de autoridades –democracia directa– y se asociaron para la configuración del sistema de representación política de la sociedad. La Asamblea Nacional de la Revolución Francesa rompió los acotamientos de clase que limitaban el voto y la representación del pueblo a través de la conquista de derechos del Tercer Estado que estaba marginado del poder.

Los partidos políticos han sido en México instrumentos de poder o instancias inevitables de intermediación política de la sociedad y han estado siempre subordinados a las condiciones del sistema político/régimen de gobierno/Estado constitucional.

3) *Se pueden encontrar siete ciclos sistémicos en los que se configuraron organizaciones partidistas dependientes de la dinámica del poder en México:*

El periodo indígena siglo X-1521 con su propia configuración de estructura de gobierno basada en las cuatro instituciones básicas: los gobernantes, los militares, los sacerdotes, los consejos de ancianos y los artesanos. El poder se distribuía entre las élites.

El periodo colonial 1521-1821, que no destruyó la totalidad de las estructuras indígenas y buscó una fusión vía reproducción de la monarquía peninsular en el modelo virreinal, a partir del objetivo no de conquista y esclavitud, sino en la mixtura de sangre para un criollismo que fundara el Reino de la Nueva España.

El periodo independentista 1808-1855, marcado por la lucha entre centralismo/federalismo, autonomismo/republicanismo y caudillismo/institucionalismo.

El periodo de la Reforma 1855-1876, que transitó del caudillismo al Estado-nación basado en tres pivotes: el liberalismo económico, la secularización del poder y el parlamentarismo, quizá la primera oportunidad perdida para la modernización de la caótica república.

El porfiriato bonapartista 1876-1911, que restauró el modelo sistémico del centralismo del poder ejecutivo en grado de caudillismo, con el efecto de congelar y reprimir la dinámica política entre las clases.

El periodo de la Revolución Mexicana 1911-1977, que pasó de la centralidad constitucional en 1917, a la institucionalización del poder con la creación del Partido Nacional Revolucionario, como el primer partido político moderno, y de ahí al primer sistema formal de partidos en 1977.

El periodo posrevolucionario de la renovación institucional irregular 1977-2023, marcado por la institucionalización sistémica de una democracia formal legal, con instituciones,

organismos y reglas, sin duda el espacio por excelencia para los partidos.

La dinámica partidista comenzó de manera consecuente en el parlamentarismo de la Reforma, pero fue interrumpido por el porfiriato y luego retomado con mecanismos de control autoritario en 1928, con la fundación del PNR (abuelo del PRI).

La historia mexicana registra el largo ciclo de los caudillos en el siglo XIX que personalizó el poder y subordinó la dinámica de la organización social al poder centralizado. En tanto que el Estado se asumía como el factor de producción y distribución de la riqueza, los partidos políticos nunca pudieron cumplir su tarea de estructuración social para el poder. La Revolución Mexicana consolidó en la Constitución de 1917 al Estado dominante y estructura hegemónica e impidió la existencia de partidos políticos.

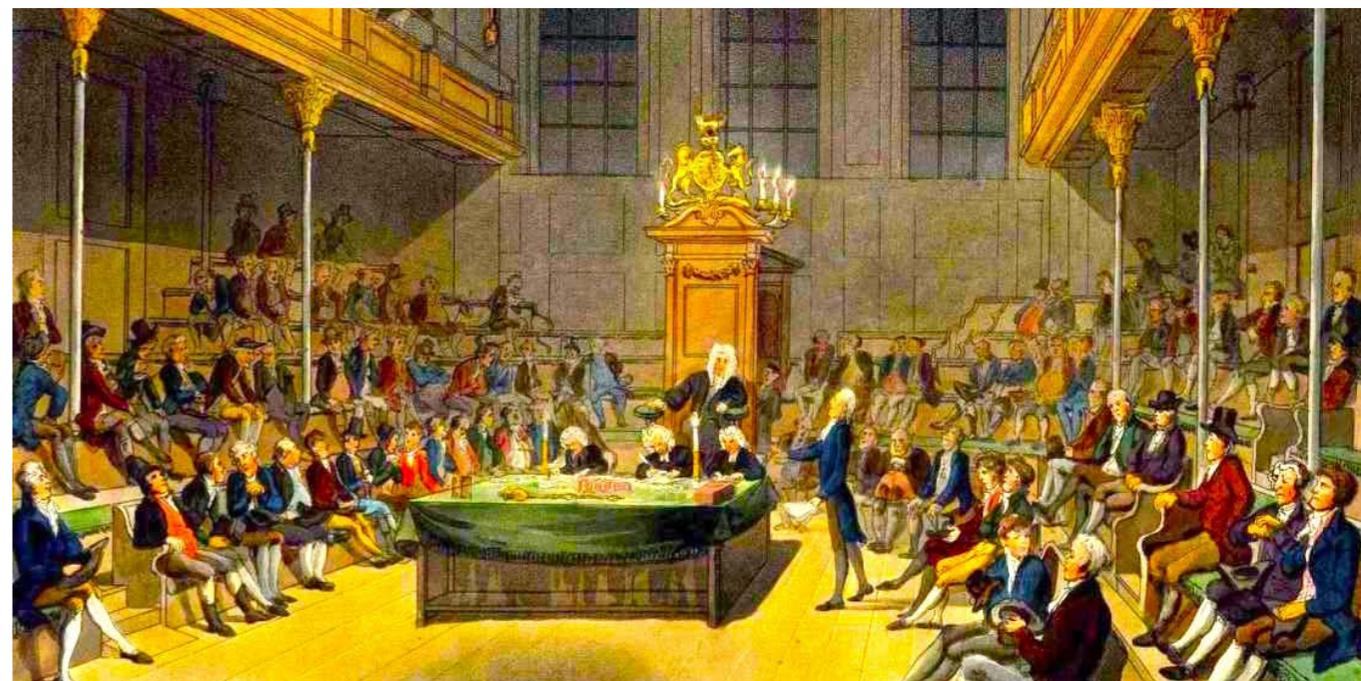
La lucha por el poder entre las facciones que sobrevivieron a los primeros años de la Revolución, encontró en 1928 el camino de la institucionalización con la fundación del Partido Nacional Revolucionario desde el Gobierno-Estado, creando de manera formal el aparato conocido como *sistema político mexicano*, a partir del poder absolutista del presidente de la República como jefe del Estado y del Gobierno, con el partido como el regulador del conflicto social y el reparto del poder, el bienestar social como la prioridad del consenso nacional y la subordinación de otros partidos y sectores al autoritarismo del Estado.

El Estado priista funcionó como una estructura dominante del ejercicio del poder político e institucional, convirtió a su partido en el espacio de funcionamiento sistémico de participación social y a través del manejo de la ideología revolucionaria como doctrina oficial excluyó a los extremos capitalistas y comunistas a posiciones minoritarias. El PRI en sus tres versiones administró, reguló y distendió la propiedad pública del poder generando los arreglos entre las clases dentro del sistema presidencialista y generando políticas públicas que llegaron a satisfacer las necesidades indispensables de la izquierda y de la derecha.

La necesidad de la oposición fue vista como un mecanismo de legitimación sistémica. En 1867, después de la derrota de la invasión francesa y la elección legitimadora de Juárez, el diputado liberal Francisco Zarco escribió en el periódico *El Siglo Diez y Nueve* que el sistema representativo necesitaba del juego gobierno-oposición en el Congreso y que para ello se requería de un verdadero partido de oposición conservadora, porque “la oposición es una consecuencia forzosa de la verdadera libertad”, aunque condicionaba que “la oposición tendrá que nacer del mismo Partido Liberal”. En marzo de 1908, el dictador Porfirio Díaz declaró al periodista James Creelman que la ausencia de oposición no era producto de la represión política, sino de que sus amigos eran más “y mis enemigos no parecen estar dispuestos a identificarse con tan insignificante minoría”, aunque adelantó la bienvenida a cualquier partido opositor en la República.

Las reformas electorales desde 1977 han ido modificando, aunque de manera aislada, irregular y sin anclajes institucionales, la configuración del primer sistema de partidos que funcionó de 1958 a 1982 –coalición PRI-PARM-PPS–, pero con las evidencias de que no existía una sociedad organizada de manera autónoma, ni las clases tenían autonomía como para construir partidos de clase.

4) *Los partidos políticos son superestructuras de organización administrativa de la sociedad. Y su orientación ideológica refle-*



ja enfoques de clase –en sentido positivo de representación, o negativo de neutralización– que se mueven en la lucha de intereses para definir el rumbo productivo de una economía.

En materia de organización social para la participación política, la historia mexicana revela la existencia de tres grandes periodos: el indígena, el de la independencia de España al final de la dictadura de Díaz y el de la Revolución Mexicana. Los partidos políticos emergieron desde el poder y después de conquistas políticas, en tanto que la sociedad mexicana a lo largo de los más de 200 años de independencia nacional no ha encontrado la necesidad de priorizar a los partidos como núcleos del pensamiento y la acción política, sino que nacieron y se desarrollaron como senderos sólo de acceso al poder.

Las movilizaciones sociales que lograron cambios institucionales fueron producto de liderazgos personales de todo tipo (Hidalgo, Morelos, Santa Anna, Juárez, Díaz, Elías Calles, Cárdenas, Salinas de Gortari y López Obrador) y sus disputas por el poder construyeron partidos solo como estructura de organización de militantes, de canales de acceso al poder formal y como mecanismos de legitimación. La falta de madurez política de la sociedad se notó en la ausencia de organizaciones de clase dentro del modo de producción y sacó a los partidos de su papel real en la disputa política. Un caso significativo fue la transformación del Partido Nacional Revolucionario de grupos de poder militar en el Partido de la Revolución Mexicana con una estructura corporativa de clases productivas proletarias – obreros, campesinos, indígenas, clases medias profesionistas–, pero asumidas como masa y no como clase, subordinando la potencialidad de clases productivas en el modo de producción a los intereses de reacomodo político de las élites oligárquicas, en modo Michels.

La historia mexicana revela la existencia en la fase revolucionaria-posrevolucionaria solo de tres partidos políticos con representación de clase: El Partido Comunista Mexicano (1919), de orientación marxista-leninista y con el objetivo de instaurar en México una sociedad comunista; el Partido Revolucionario Institucional (1928), en sus fases revolucionaria-corporativista-neoliberal y como fuente de partidos derivados; y el Partido Acción Nacional (1938), como la formación históri-

ca del conservadurismo histórico racial, religioso y económico-empresarial.

Cada una de las formaciones-veneno nació y funcionó como partido político solo de nombre, pero no de estructura de poder. El PCM nunca pudo tomar el control de la clase obrera y malgastó la oportunidad en 1958, de llegar al liderazgo de sindicatos de sector productivo del Estado, para reconfigurar al Estado, que si bien no era proletario, sí tenía cuando menos una preferencia de clase no propietaria por sus prioridades en el bienestar social de las mayorías. La mano dura del Estado reprimió a sus sindicatos y los regresó al control del PRI, y con ello aniquiló la potencialidad de partido de clase del PCM, convirtiéndolo en un aparato burocrático definido en la maldición Michels de *la ley de hierro de la oligarquía* y criticado por José Revueltas por no ser el partido de vanguardia de la clase obrera.

El PRI nunca ha sido un partido político, sino, si acaso, una coalición plural de grupos, facciones y corrientes, bajo el control y dominio del presidente de la República en turno. La experiencia cardenista de 1938 duró apenas hasta 1946, cuando se pasó del partido corporativista de clases productivas a una organización que institucionalizó la lucha de clases a partir de los intereses de la élite dirigente. El PRI redefinió su proyecto como Partido de la Revolución Mexicana, por decisión del presidente Carlos Salinas de Gortari en 1990, y convertirlo en el partido del “liberalismo social”, concepto asociado al modelo económico de liberalismo de mercado, en los modelos de Juárez y Díaz, hasta su fase neoliberal en 1994.

El PAN germinó de los grupos conservadores de la Reforma que habían sobrevivido en estructura dirigente de los gobiernos de la Revolución Mexicana y recogió el pasado religioso y monárquico del siglo XIX, pero con una propuesta ideológica que nunca pudo consolidar una amplia base social y se quedó desde su origen como el partido histórico de la derecha mexicana. Los dos sexenios del PAN en la presidencia 2000-2012 no le dieron reinterpretación política a la República, ni reforzaron alguna propuesta alternativa de la derecha, para llegar al punto de que en el 2012 tuvo que regresarle la presidencia de la República al PRI.

La existencia de partidos políticos organizados nunca pudo modificar la estructura del aparato del poder presidencialista.

5) El PRI funcionó como el partido sistema en la teoría del politólogo David Easton en 1955: un espacio simbolizado como una caja en el que se incluyó la disputa por las decisiones y se crearon las instituciones y poderes jerárquicos para la distribución de bienes, valores y beneficios, sacando al partido del Estado del espacio natural que hubiera sido un sistema de partidos o la lucha de clases. El PRI fue el aparato de control político del Estado, a partir de su capacidad de regular el conflicto y de distribuir los beneficios, anulando el espacio natural de toma de decisiones plurales que era el Congreso como el núcleo de participación de la representación electoral de la República.

El PRI hizo innecesario el sistema de partidos por el control piramidal del sistema político presidencialista, pero tuvo como límite la capacidad de mantener la representación mayoritaria de la República. De acuerdo con las cifras electorales, el PRI mantuvo una mayoría determinante de 1929 a 1982, con un promedio electoral de 86% del voto presidencial, con la totalidad de los gobiernos estatales, 90% de los gobiernos municipales, 90% de diputados y 100% de senadores.

La crisis al interior del PRI, por la fractura de facciones en 1987-1988, llevó el partido a un desplome que sus cifras electorales: 35.3% de los votos en las elecciones presidenciales de 1988 a 2018, con derrotas electorales presidenciales en 2000 y 2006, el regreso al poder en 2012 con 38% de los votos y la debacle en 2018 con apenas 13.5% de votos para el partido.

A nivel federal, el grupo dominante –en el porfiriismo y la Revolución Mexicana– mantuvo la totalidad de las gubernaturas desde 1876 hasta 1988, y de 1989 en adelante comenzó a perder posiciones electorales estatales, hasta llegar al punto previo a las elecciones mexiquenses y coahuilenses de junio de 2023, con solo dos gubernaturas del PRI y la tercera, Durango, ganada en las elecciones de 2021 con la candidatura de un priísta en coalición con el PAN y el PRD.

El sistema actual de partidos se diseñó en 1977, cuando el gobierno priísta decidió abrir el registro a nuevas corrientes políticas; hasta ese año, el sistema de partidos funcionó desde 1958 a 1985 con el PRI como dominante y la subordinación como partidos-rémora del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, como organización simbólica concesionada a militares retirados que habían formado parte del Estado Mayor Presidencial del presidente Carranza; el PAN, como partido asumido de derecha; y el Partido Popular Socialista, que fue un desprendimiento del ala izquierda sindicalista lombardista del PRI –el lombardismo, que pasó de la autonomía marxista a la subordinación ideológica al PRI– y que se asumía de manera formal como marxista leninista.

La reforma política de 1977 modernizó el sistema electoral, permitió la existencia de partidos de coyuntura, que no tuvieron la capacidad de mantener su registro legal que estaba limitado al 3% de votos. Las cifras revelan que de 1977 a 2023, sólo el PRI y el PAN se han mantenido como partidos con base, mientras muchos partidos crecían y desaparecían. De los primeros partidos formales registrados en 1978 destacó el PCM, pero su limitada representación proletaria, su influencia gelatinosa en el ambiente estudiantil de coyunturas generacionales, su burocratización y el miedo que generaba el apellido comunista en un partido que buscaba una influencia más allá de la izquierda socialista, lo llevaron a cambiar su apellido comunista por socialista en dos ocasiones –como Partido Socialista Uni-



ficado de México y como Partido Mexicano Socialista–, hasta que terminó su vida histórica en 1989, cuando cedió su registro como partido político formal, nada menos que a la Corriente Democrática cardenista del PRI, que disolvió el contenido socialista-comunista del partido y le dio una ideología populista del cardenismo de los años cuarenta.

Los partidos políticos mexicanos actuales no han podido romper la estructura priísta del poder, que se centra en el ejercicio de un presidencialismo autoritario y absolutista; tampoco han podido trasladar el centro del poder de la Constitución presidencialista al sistema productivo; y menos han sabido organizar a la sociedad a partir de la estructuración de clases productivas.

Los partidos políticos en México han seguido todo el itinerario de los partidos –de notables, de masas, electoralistas, de grupos sociales, de pactos, de alianzas electorales y de búsqueda del poder– hasta llegar a su configuración actual: agencias de empleo para regular el acceso a posiciones de poder en función de complicidades, intereses o reparto de posiciones.

En una de las elecciones presidenciales más importantes de México, la de 1958, el ensayista marxista José Revueltas resumió la dialéctica negativa que ha impedido que los par-

tidos políticos cumplan su función de representación social: la disputa electoral por el poder político, cuando las grandes decisiones que afectan el equilibrio social ocurren en el sistema productivo. Al referirse a la competencia electoral, Revueltas estableció que “la única clase llamada a hacerle al gobierno revolucionario una *concurrencia política*, es aquella que también viene a ser la única que puede hacerle la *concurrencia económica* a las clases poseyente que el gobierno y su partido de Estado representan”.

6) *Los partidos políticos mexicanos han fracasado en su función real de determinar el funcionamiento del sistema político/régimen de gobierno/Estado constitucional.* En tanto que solamente operan en la superestructura legislativa y de cargos públicos sin representar la dinámica del conflicto planteado por el sistema productivo entre burguesía y proletariado. Los espacios legislativos y ejecutivos federales-estatales-municipales establecen perfiles de representación de grupos y facciones que viven del poder y no personifican a las clases productivas que definen el modo de producción y que a su vez impactan en las decisiones de gobierno, que mantienen o subvierten el equilibrio productivo entre las clases, como reflejo de la dinámica que determina

el equilibrio social: la distribución de la riqueza.

En tanto que las clases productivas no estén organizadas para defender sus intereses con autonomía de clase –sindicatos, organizaciones campesinas, grupos de profesionista, gremios especializado e intelectuales con conciencia de clase–, los partidos seguirán siendo instrumentos –otra vez Michels– de la ley de hierro de la oligarquía: las dirigencias partidistas representan a mafias, facciones, grupúsculos y grupos de presión y no a las clases sociales que quisieran acceder a los espacios de toma de decisiones. El PRI ha quedado como un partido de pequeños grupos, el PAN perdió la ideología conservadora, el PRD se disolvió en sus contradicciones ideológicas comunismo-poscardenismo, Morena reinicia el ciclo del PRI 1928, el Partido del Trabajo y el Partido Verde *robalean* como partidos-rémora, y Movimiento Ciudadano se reduce a un grupo oportunista de presión, que sólo *cacha* a políticos destripados en otros partidos.

* *Licenciado en Periodismo, maestro en Ciencias Políticas, candidato a doctor en Ciencias Políticas, director del periódico El Independiente y autor de la columna “Indicador Político”.*

Un sistema de partidos que tiende a la eternidad

Ricardo León García

Formemos una institución que sea modelo de imagen para las demás de su naturaleza, y que tenga dominio sobre cualquier forma de organización política a lo largo y ancho del México moderno; que todo lo que venga se arrastre ante nosotros y por siempre piensen que son los portadores del maná salvador por los periodos de los periodos, así sea.

Ciudad Juárez.- Más o menos ese fue el sueño que tuvo una noche de 1928, después de fragorosa farra en la casa que regenteaba Francis Villarreal, el presidente de México, el honorable general Plutarco Elías Calles. Aunque alcohólico en franca retirada desde hacía muchos años, la bohemia no le era ajena. Lo que soñó se encontraba muy alejado del *delirium tremens*. De ese sueño se deriva el sistema mexicano de partidos políticos: un sistema confiable para los políticos de cualquier color; una pesadilla para cualquier ciudadano sensato... en caso de existir.

Harto de lidiar con docenas de militares, con otros malandros de toda mala calaña habida en ese tiempo, al general se le vino la inspiración y se propuso, junto con sus compañeros de juega y compinches en el gobierno del México revolucionario, la formación de un partido político de tal envergadura que tuviera la capacidad de: 1) ¿Llevar al país a la vida democrática? No; 2) ¿satisfacer las demandas más sentidas del pueblo mexicano? No; 3) ¿promover la justicia para quienes hicieron la revolución? Bueno, eso sí, al menos para los que habían alcanzado la cumbre del poder; 4) ¿terminar con el caudillismo? Duro contra todos los caudillos, menos él. En realidad, siempre nos han dicho que las preguntas anotadas significaban el motivo central de la propuesta política, pero la magia del padrote de los partidos mexicanos permanentemente ha sido la simulación y provocar la ilusión de que lo que dicen es certero y preciso: “No nos hagamos tarugos, pos ya sabes que yo como digo una cosa digo otra,

pues si es que es como todo, hay cosas que ni qué, ¿tengo o no tengo razón?” La frase no forma parte del ingenio de Chespírito, ni del personaje de la Chimoltrufía, sino que éstos sólo aprendieron a observar a los dirigentes partidistas y fueron recogiendo las perlas que emiten a diestra y siniestra.

Se vivía en el mundo una época de desafíos y definiciones. Si bien se reencauzaba la economía dominante una vez finalizada la Gran Guerra, la amenaza que representaba la sola existencia de la Unión Soviética a esa boyante economía de posguerra y pospandemia, hacía de la lucha ideológica el pan de cada día en los diferentes escenarios políticos. Unos meses antes había sido asesinado Álvaro Obregón, presidente electo –por segunda ocasión– y, si bien el conflicto del Estado con la Iglesia Católica se encontraba a punto de ser finiquitado, la efervescencia política en México impedía alcanzar cualquier plan político a mediano y largo plazo.

Las declaraciones siempre han sido en el sentido de la necesidad de garantizar la transición de un gobierno a otro sin dar oportunidad a las amenazas de una trifulca armada. Las lecciones del siglo XIX y lo recorrido en casi tres décadas del XX habían sido claras. Los señores de la guerra, quienes mantenían bajo su control hombres y armas, estaban siempre decididos a lanzarse al campo de batalla para eliminar al nuevo gobierno o para defenderlo de un no tan extraño enemigo. En pocas palabras, habría que neutralizar el ansia militarista con el fin de ser tratados como un pueblo dentro de la decencia y la pulcritud

de las transiciones.

Todo tendía a adquirir un tufo democrático, tal como aparentemente sucedía en los Estados Unidos o en la Francia de la III República. Pero la democracia no tuvo permiso. Resultaba más atractivo el férreo control estatal, la nulificación de partidos y la cancelación de posibles discusiones políticas que pudiesen empantanar el camino a la consolidación del poder que los hombres de la revolución comenzaban a fincar sobre las cenizas del viejo porfirismo. El caudillismo que había sido el modelo impuesto por Porfirio Díaz en México tuvo sus ventajas para la élite en el poder. El caudillismo expresado desde 1922 por el nacionalista Benito Mussolini, a través de su liderazgo dentro del Partido Nacional Fascista y luego del Partido Fascista Republicano de Italia, bien pudo haberse convertido en un segundo prototipo que debía explorarse para su seguimiento en el México posrevolucionario. El control de la población, la limitación de los partidos políticos, la clausura forzosa de la discusión política, los mecanismos de intervención de los poderes legislativo y judicial y la adquisición de los colores de la bandera italiana para toda acción electoral promovida por el fascismo, permiten suponer una influencia decidida entre quienes promovieron en 1928 y 1929 la creación del Partido Nacional Revolucionario, del cual el general Elías Calles se convirtió en su primer dirigente.

Concebido como un partido de masas, en el cual las masas debían realizar cuanto sus paternas caudillos decidían que formaba parte de su bienestar por sobre los malvados poderosos de siempre, el PNR se sectorizó para “encauzar debidamente” las demandas de obreros, campesinos, militares y los miembros del nuevo sector popular. Para adecuarse a los tiempos, el organismo cambió de veces de nombre. Se convirtió en el Partido de la Revolución Mexicana

(PRM) en 1938 y en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) en 1946. Aun con Calles en el exilio desde 1934, la obra se había consumado y el partido se convirtió en el hegemónico, en el centro de toda decisión política y en el creador y moldeador de organizaciones políticas, incluso de oposición, que siempre fueron fieles –y siguen siéndolo– al proyecto de 1928.

Con un discurso que rozaba el más añejo de los socialismos retrógradas del siglo XIX, pero siempre con una posición crítica y hasta contraria de las organizaciones anarquistas y comunistas –que buscaron la supervivencia en la clandestinidad–, el “partidazo” creció, se consolidó y mantuvo su hegemonía durante siete décadas. Ciertamente que la vida en México entre 1930 y el año 2000 fue corta en turbulencias graves, que el priismo tuvo tropezones y fue objeto de serios cuestionamientos por parte de la sociedad. A partir del cambio de siglo comenzó a readecuarse una vez más y los vástagos que fue produciendo en su trayecto abrieron caminos de participación a partir de un discurso aparentemente cuestionador del legado de su progenitor. Pero de tal palo... tal astilla.

El sistema político mexicano basado en sus partidos políticos y la bahorrina lanzada por doquier, que es producto y sustento al mismo tiempo de ese mismo sistema, pareciera contar con un mecanismo de auto regeneración, de reinención y de fotocopiado múltiple, como las tesis de Yasmín Esquivel: una y otra vez, lo mismo de antes, aunque dispuesto de una manera un poco diferente (quizá un errorcillo de redacción, como alguien con socarrón cinismo dijo). Con el tiempo fueron apareciendo partidos apéndice que con toda fidelidad a la nodriza le hicieron el caldo gordo o, al menos, jugaron a ser diferentes, aunque fueran lo mismo. Incluso, la oposición del Partido Acción Nacional se convirtió en obediente y fiel replicante de las reglas diseñadas en el seno paterno-materno. Cómo no recordar esos juguetes de la tradición mexicana como el Partido Popular Socialista, algo de lo que debió avergonzarse don Vicente Lombardo Toledano, su fundador, pues jamás llegó a ser socialista, menos fue popular y siempre habremos de dudar que haya sido un partido. Eso sí, en cinco ocasiones consecutivas ganó su candidato a la presidencia de la república, los mismos que postuló el PRI bajo su cobijo. Por ahí también existió un Partido Auténtico (*sic*) de la Revolución Mexicana –PARM

por sus siglas–, que, por cierto, sostuvo la candidatura de los mismos cinco a los que postuló el PPS –y el PRI–, así que también ganó, aunque ya nadie los tenga en la memoria.

Por supuesto que ha habido intentos de crear más partidos, desde las diferentes posiciones del abanico geográfico: desde la extrema izquierda a la extrema derecha. No digo abanico ideológico, pues parece que la consigna es plegarse únicamente a lo que los grupos políticos hegemónicos establecen como válido. En la medida en la que se cumple con lo establecido aparecen nuevos retoños que desaparecen sin pena ni gloria como organizaciones: todos y cada uno de los integrantes de estas “fuerzas políticas” después forman parte de los contingentes de las organizaciones que persisten, aunque sea temporal su persistencia. Así, un ‘militante’ de la llamada extrema izquierda, lo que quiera que signifique la expresión, mañana puede ser militante convencido de una organización de la llamada extrema derecha, o viceversa, o al mismo tiempo. La claridad política se impone.

La alianza priista tuvo una desviación en 1987 y se formó el Frente Democrático Nacional, que de inmediato intentó aglutinar a diversos grupos que se presentaron más o menos de manera común en las elecciones de 1988: priistas se enojaron con priistas, tomaron sus canicas y ofrecieron un juego diferente a muchos de los que se quejaban –la moda de victimizarse entraba en su apogeo–, tan diferente que buscaba un esquema similar al de Calles de seis décadas antes. De ahí, de la noche en la que se le “cayó el sistema” a Manuel Bartlett, dio comienzo la reinención del sistema partidista mexicano y todo cambió... para seguir igual. Si quienes habían gozado hasta entonces de las mieles del poder buscaban mantener sus privilegios, un cambio cosmético no caería mal; permaneció el control de cuotas, la distribución de favores –con su respectiva paga, por supuesto–, el aprovechamiento de los bienes de la nación, la ficción de la idea democrática.

Con todo y la “ciudadanización” de los procesos electorales, el establecimiento de tribunales electorales independientes del poder ejecutivo, el reparto anual del botín presupuestal a todas las organizaciones políticas reconocidas y la evidente transición del poder de un partido a otro, la máscara de la democracia mexicana pasó de ser rechazada por propios y extraños, al reconocimien-

to de los avances. Pero el homenaje reiterado a Giuseppe Tomasi de Lampedusa y su *Gatopardo* ha sido la constante.

La creación del Instituto Federal Electoral (devenido en INE) permitió ampliar la participación de grupos partidistas con otros nombres. Su incorporación al “espectro político” significó la simulación de una mayor competencia y un reparto más amplio del dinero que tan graciosamente concede el pueblo de México a “sus” organizaciones llamadas partidos políticos. Esa concesión se efectúa vía “sus” legisladores –miembros a su vez de los mismos partidos políticos– que en realidad representan a las organizaciones que los postulan, aunque se anuncien como representantes de los ciudadanos de tal o cual distrito o circunscripción electoral.

El sistema partidista mexicano reitera también su éxito que ya casi es centenario. La verborrea en su defensa pone en alto los valores de la democracia, quintaesencia del mundo moderno, tal como lo han concebido los grupos hegemónicos alrededor del planeta. En un ámbito miserable en el que más del 60 por ciento de los ciudadanos viven en condiciones de pobreza, los valores democráticos se ubican en la parte superior de la escala que prefiere esa democracia repartidora de recursos entre las mafias partidistas, antes que destinar esfuerzo y trabajo efectivo a la consecución de una forma de vida digna para la mayoría, si no es que para todos.

En una sociedad caracterizada por profundas desigualdades, quienes encabezan la tarea política arguyen la necesidad urgente de mantener en vigor un sistema que no ha hecho más que garantizar las desigualdades. Los partidos políticos no han sido otra cosa más que parte de los instrumentos efectivos para que las cosas sigan siendo como son. Las cirugías en los ámbitos político, económico, financiero o legal no pasan de ser meros tratamientos cosméticos, ora favorecedores de un sector de la sociedad, ora con claras ventajas para otro. Pero quienes se llevan el principal de los beneficios son los miembros de ese sector que siempre se ha mantenido en el privilegio a expensas de las masas, esencia y razón de los dichosos partidos políticos.

¿Fracasan los partidos políticos mexicanos? Fracasados son quienes los sostienen bajo la ferviente creencia que es la forma de transformar a la sociedad entera.

Mundus vult decipi...

La confianza y los partidos políticos

Marcela Maldonado Bodart

Calexico.- En días recientes, la organización *Freedom House* publicó su reporte anual: *Freedom in the World 2023. Marking 50 Years in the Struggle for Democracy*, en el que comparte su visión sobre los avances y retrocesos en materia de los derechos políticos y las libertades civiles en el mundo. En el reporte, se destacó una importante disminución en los derechos políticos y las libertades civiles durante el año 2022 a nivel global, como resultado de ataques directos a instituciones democráticas, ya sea por parte de fuerzas militares extranjeras, o de parte de funcionarios en puestos de confianza, así como por jefes de Estado con visión iliberal, que en el 2022 representaron una amenaza para los gobiernos electos de todo el mundo.

El reporte también destaca que los partidos políticos, con enfoque populista, han retomado fuerza, y que a nivel global se ha complicado, cada vez más, consolidar las instituciones democráticas. Muestra de ello, es que se ha incrementado el número de países que se han mantenido clasificados como “parcialmente libres”, en lugar de que puedan avanzar hacia una “democratización total”, como es el caso de México, que se clasificó en el 2022 con un puntaje de 60/100, aunque en el 2021 contaba con un puntaje de 61/100.

Aunado a lo anterior, en México, se acerca la sucesión presidencial, y con ello, los discursos y promesas de campaña de los diferentes candidatos a ocupar la silla presidencial, aunque de manera directa o indirecta, ya comenzaron. Entonces surge la gran pregunta del momento: “¿confiar o no confiar?”, pues en tiempos electorales, la confianza se convierte en una pieza fundamental. Por un lado, el ciudadano confía en las promesas electorales y elige candidatos como votante, pues en su mayoría quiere ver cambios y resultados positivos en su entorno del día a día; por otro lado, el partido político necesita “partidarios” afiliados, pero también necesita votos para su candidato el día de la elección. Partiendo de lo anterior, el presente trabajo desarrolla, de manera general, los siguientes planteamientos: ¿Cómo se relaciona la confianza con los partidos políticos?, ¿fracasaron los partidos políticos con la pérdida de confianza ciudadana?

Entendiendo a la confianza

La confianza, es la base de numerosas interacciones, que son esenciales, para cualquier sociedad o comunidad política, de ahí que se puede entender como una dinámica, que surge des-

de un nivel interpersonal, cuando los ciudadanos confían, o no, entre unos y otros, afectando en sus acciones cotidianas, y por ende, en su toma de decisiones, influyendo a su vez, dentro de una determinada comunidad. Desde esta perspectiva, los niveles de confianza interpersonal se propagan en la sociedad, impactando en los niveles de confianza hacia las instituciones, funcionarios, gobierno, sector privado, organizaciones de la sociedad civil, así como en los partidos políticos.

América Latina es la región más desconfiada del mundo, de acuerdo al último informe del *Latinobarómetro*. El promedio mundial del nivel de confianza interpersonal, para el periodo de 2017 a 2020 fue de 29%, en Europa Central de 49%, mientras que en América Latina sólo llegó al 9%, dentro del periodo analizado.

Tan sólo para el año 2020, en América Latina, se registró un nivel promedio de confianza interpersonal del 12%, su nivel más bajo desde el año 1996, que inició el análisis del estudio.

De acuerdo a la OCDE, entre los factores fundamentales, que pueden explicar la variación en los niveles de confianza interpersonal, entre los distintos países de la región de América Latina, se encuentra la desigualdad de ingresos, la violencia, así como la cohesión social. De tal manera, que la desigualdad de los ingresos y la percepción de la amenaza de violencia, están estrechamente correlacionadas en la región, reflejando un círculo vicioso, que también incluye la inseguridad y los bajos niveles de desarrollo.

Confianza y partidos políticos

La confianza interpersonal también influye en la confianza hacia las instituciones, pues es un elemento fundamental para que los partidos políticos puedan cumplir con sus principales roles, generando a su vez externalidades positivas; pues ser “partidario” de algo, significa identificarse con un grupo y diferenciarse de otro, ya que, en su misma esencia, todo partido significa asociación en una determinada organización, pero también diferenciación de otras, por un programa específico.

En este sentido, hay que destacar que las acciones de los partidos políticos, principalmente están orientadas a la adquisición de poder social, influyendo en acciones comunitarias, que son socializadas, y que están dirigidas hacia objetivos por los que se lucha, de manera planificada. Sin embargo, estos objetivos pueden ser desde “una causa” (el partido político puede aspirar a la realización de un programa con fines ideales o

materiales), o también pueden ser de tipo “personal” (posición de prestigio y poder, ya sea para el líder y/o para los afiliados miembros del partido). Partiendo de lo anterior, se puede identificar una primera tensión entre la confianza y los objetivos *per se* de los propios partidos políticos, ya que el ciudadano no puede identificar claramente si es un “mix” de objetivos el que se persigue, ya sean personales y/o de la lucha por causas comunitarias.

En cuanto a sus roles, el partido político, entendido como una organización articulada de los agentes políticos activos de la sociedad, funciona como un intermediario, que enlaza las fuerzas sociales y las ideologías, con las instituciones gubernamentales oficiales, vinculándolas a la acción política dentro de una comunidad política más amplia. Newmann (1956), se refiere como “agentes políticos activos”, a los actores a quienes les interesa el control del poder gubernamental, y que compiten por el apoyo popular con otro grupo, u otros grupos, que tienen ideas divergentes.

De acuerdo al *Latinobarómetro*, en el año 2020, la confianza en los partidos políticos, dentro de la región de América Latina registró un 13% en promedio, siendo considerados los partidos políticos, como las instituciones para la democracia peores evaluadas. Los niveles de confianza en los partidos políticos en México, también registraron para el año 2020 el 13%, colocándose en el sexto lugar de los países en América Latina, por debajo de Venezuela, que se posicionó en el quinto lugar, y en donde se registró un 15% de confianza. Lo anterior indica que los partidos políticos no han podido ser instrumentos efectivos para cumplir sus roles, y que con ello puedan contribuir a generar confianza entre los ciudadanos, y entre los diferentes actores dentro de su propia comunidad política.

Generando confianza desde los partidos políticos

A nivel global, se ha incrementado el posicionamiento, tanto de líderes como de partidos políticos, con enfoque populista. El auge del populismo representa importantes desafíos para los sistemas democráticos como: la erosión de las instituciones formales; el debilitamiento de las normas informales de la democracia (tolerancia, igualdad, equidad, etcétera); así como una noción corta, estrecha, y excluyente de la política, entre otros.

De ahí que los partidos políticos, como uno de los pilares de la democracia representativa, pueden fungir como principales actores, a través de sus principales actividades, que van desde la presentación y elección de sus candidatos; la representación de sus electores; hasta la competencia, dentro de elecciones democráticas.

En este contexto, los partidos políticos, como uno de los principales actores de la democracia, pueden observar algunas estrategias, en donde puedan impactar de manera transversal, tanto en la confianza interpersonal, en las instituciones formales, en la opinión pública, para fortalecer el sistema democrático y disminuir amenazas populistas. Desde este enfoque, las estrategias que se pueden observar son: a) cambios en el discurso político, pues es utilizado para movilizar a los votantes y para señalar compromisos; b) construcción de nuevas políticas y la participación en alianzas de coalición, que permitan ampliar a sus electores, pero también afiliados, a través de la cooperación con otras organizaciones, partidos políticos y élites, a fin de ampliar sus espacios de influencia y de interacción.

Dadas las dinámicas globales de las “*megatendencias*”, los partidos políticos pueden convertirse en un instrumento “modernizador”, en donde se genere una relación entre partido y



modernización, ya sea a través de la tecnología o de su propia organización; transmitiendo y relacionando la acción política con la modernidad, así como el papel del partido con la innovación. Desde esta perspectiva, el partido puede contribuir con mecanismos de acceso a determinada información, a través de aplicaciones y de diferentes medios de comunicación, dando a conocer campañas y actividades políticas de sus miembros, pero también del gobierno; estando en contacto directo con sus afiliados, con la ciudadanía, así como con los diferentes actores políticos e instituciones de gobierno, coadyuvando a generar confianza, transparencia y acceso a la información, pero también orientando la distribución del poder político.

Algunas reflexiones

Las sociedades son dinámicas, están en constante evolución, y por ende sus actores políticos, que modifican sus propias estructuras sociológicas en las que interactúan, en función de las necesidades, tiempos, diferentes contextos de su entorno, y de las comunidades en las que se desenvuelven.

El surgimiento de nuevos partidos políticos, es un factor interno que, por un lado, puede representar la manifestación de una demanda social por el cambio, pero también los indicios de una crisis política y/o de representación, precisamente por la multiplicación de partidos o de su fragmentación, que pudiera dar lugar a una polarización de los mismos, y con ello, dificultar la generación de consensos.

En México, el triunfo del presidente López Obrador reflejó la apertura del sistema político a la competencia pluralista, aunque el partido en el poder incluye una amplia gama de corrientes ideológicas y políticas, generándose apertura e inclusión, pero también politización en su interior. A pesar de ello, los partidos de oposición aún se muestran competitivos, y las candidaturas independientes son cada vez más comunes y aceptadas. El actual sistema multipartidista en México se encuentra en transición, en cuanto a sus estructuras y mecanismos, que se modifican a través de la actividad política, actores y organización, que también son dinámicos, y por ello los niveles de institucionalización y capacidad de adaptación varían.

De ahí que los partidos políticos no han fracasado, pues al retomar su papel como actor clave en los diferentes procesos y escenarios del sistema democrático, pueden aportar en la generación de mecanismos que contribuyan a la rendición de cuentas, la legitimización e inclusión, asegurando estrategias de participación entre sus afiliados, impactando con su interacción en el entorno, entre los distintos actores, en la construcción de consensos y alianzas, en la opinión pública; y con ello, contribuir al restablecimiento de la confianza, entre los ciudadanos y las instituciones de gobierno, pero a su vez, en el fortalecimiento de la democracia.

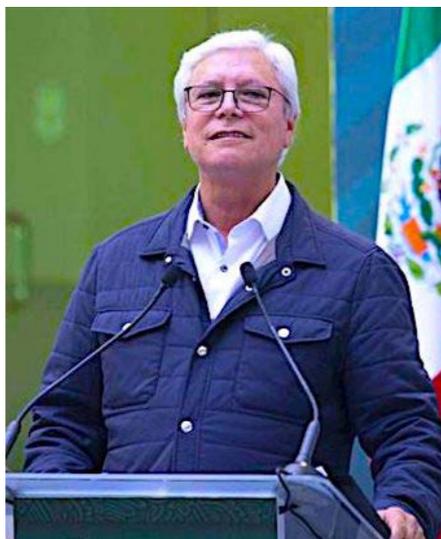
El fracaso de los partidos en México y Baja California

Alma B. Navarro C.

Mexicali.- En el principio... Quizá lo más difícil en la vida es el hecho de aceptar la derrota, o los fracasos, si bien solemos asociar esta palabra principalmente a los aspectos que se relacionan con la vida y en particular con los individuos; en lo que respecta a la vida de las instituciones, también se debe de reconocer el fracaso institucional, lo cual no es algo que debamos ignorar.

En México, la construcción del sistema político se dio desde la necesidad de consumir una idea de Estado con pensamientos ideológicos demasiado modernos, en comparación a la vida política que se estaba experimentando en el siglo pasado. Aunque no se puede afirmar que estos ideales políticos han logrado consolidarse, el rol que han jugado los partidos políticos ha sido muy importante. Dichos ideales, asentados principalmente en la ola de la demorización, incluye un modelo federalista y recientemente se le adhirió la separación con los valores religiosos; hasta el momento es el principio de representatividad el que le permite la eclosión de los partidos políticos como distintas fuerzas ideológicas.

Sin embargo, la búsqueda para instaurar elementos en concordancia con las características de un régimen democrático, dio pie a la creación de diversos grupos políticos y de partidos políticos que hoy en día permanecen como el único instrumento legítimo viable para poder llegar al poder. Si bien existen las candidaturas independientes en el marco normativo, en la vida real en México han sido prácticamente inoperables, siendo muy pocos los casos de éxito, de tal forma que, con la oleada de AMLO, prácticamente ya nadie habla de una candidatura independiente, pues no se ven bien en el medio político que no seas



por AMLO, a menos que seas del PAN.

Aun cuando se considera que la construcción del sistema político mexicano del siglo XX ha logrado funcionar con todo y los desafíos que ello implica, el papel más importante lo han tenido sobre los hombros los partidos políticos. La gran falla en el diseño institucional es que el poder ejecutivo tiene facultades legislativas, mientras que el poder legislativo no tiene facultades ejecutivas; la doble función ha servido para excesos de poder desde su instauración. Ello sugiere que ante la presencia de un escenario con gobierno dividido, los dos poderes tendrían diferencias abismales, que servirían de contrapeso; lo que en realidad ha sucedido, es que cuando se trata de ganar ganar, no se ha observado una oposición auténtica, siendo las prebendas y los privilegios para los partidos políticos su principal lucha, dejando de lado por completo su propósito original de representatividad. En este sentido, se infiere que el fracaso de los partidos políticos deriva principalmente de su excesiva necesidad de poder para mantener

su *status quo* de beneficios, y en segundo plano su incapacidad de existir sin un partido de masas como, lo fue el PRI (y ahora lo es Morena). A continuación, algunas ideas acerca de los caminos que han recorrido para vislumbrar su fracaso institucional.

Las transformaciones: mutación del PRI-PAN = Morena. Desde lo Nacional a lo Local La figura representativa del movimiento Morena es y ha sido Andrés Manuel López Obrador (AMLO), quien tuvo una formación política en las filas del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Sin entrar en detalle a su trayectoria, estuvo en el Partido de la Revolución Democrática (PRD), en el cual tuvo logros, pero también grandes derrotas. Posteriormente se catapultó con Morena, el cual se ha consolidado más allá de la victoria presidencial. Dicha victoria no ha sido con saldo blanco, ya que los partidos políticos más afectados en lo que respecta a sus filas han sido el PRI y el PAN. En esencia se supondría una natural oposición por parte del PAN;

sin embargo, su derrota ha sido tan notoria y catastrófica que prácticamente se ha disuelto como una potencial amenaza para el partido en el poder, lo mismo le ha ocurrido al PRI; sin embargo, como dijo Salvador Borrero: "En la cúpula todos los partidos políticos se entienden", refiriéndose al PRI y al PAN; y citó: "el PRI y el PAN son lo mismo", por lo que si son lo mismo, y hoy se sabe que Morena y el PRI son lo mismo, entonces podemos inferir una fusión con el mismo PAN.

Dicho fenómeno político se puede observar en el caso de Baja California, donde los engranajes políticos separatistas de los partidos en la entidad tuvieron una falla de gran magnitud, debido a que durante el corto pero ruidoso periodo político del primer gobernador de Morena, Jaime Bonilla, desde la silla del gobernador logró movilizar a la legislatura local, la cual tenía en su momento a una mayoría panista, que le ayudó con las iniciativas de ley, con el propósito de modificar las reglas del juego en materia electoral, para poderse reelegir y permanecer más tiempo como gobernador. Este movimiento tuvo dos costos muy altos; por un lado, a los legisladores panistas no les quedó de otra más que aceptar la santa inquisición de su partido en términos locales; y por otro lado, a Bonilla le costó la carrera política, desapareciendo por completo de las áreas de poder.

La actual gobernadora Marina Del Pilar ha sido duramente criticada, tanto por diferentes grupos de presión, como por los integrantes y fundadores de Morena en Baja California, al asociarse personalmente por medio de contraer nupcias con un político panista sin mucho éxito local, así como por incluir en sus filas administrativas y políticas a personajes provenientes principalmente del PAN y del PRI. Ello no le ha quitado el sueño, ya que en cada oportunidad utiliza las redes sociales para autopromocionarse, principalmente en lo que respecta a su vida personal.

Este periodo de gubernatura aún en construcción, tiene los grandes desafíos de poder demostrar principalmente a su partido, que la gobernadora no se deja influenciar por el PAN, ni por fuerzas masculinas, ya que al ser la primera mujer en este tipo de cargo en el estado, las expectativas que se han generado sobre ella son de mucho peso. Si bien se espera diálogo y consenso, lo que no disfrutaban los fundadores locales es ver tanto panista en una de las primeras adminis-



traciones de Morena en Baja California.

Aunque el mayor desafío como mujer es que la perspectiva de género se traduzca en hechos y no sólo en demagogia, tomando en cuenta que un sistema no se puede modificar de la noche a la mañana y la construcción en Baja California ha sido con ideales conservadores panistas; por ello las barreras a derribar son grandes y construir un estado progresista llevará mucho más tiempo que un corto periodo de seis años.

El fracaso del PAN en Baja California

En este apartado seré breve, ya que la historia se cuenta sola, ya que se sabe que este tipo de partido político funciona más como una franquicia de Oxxo o Dairy Queen, que como un partido político de alcance nacional. En Baja California, el éxito del PAN tuvo su punto máximo en los noventa y finales del siglo pasado. Su derrota se debió al exceso de confianza, trayendo consigo los resultados ya conocidos. En materia de política pública, durante sus gestiones brilló por su ausencia una política en

materia social, dejando todo el peso a los microchangarros, que fueron absorbidos y capturados por el SAT, y desaparecidos por la competencia de grandes corporativos. Más allá de eso no lograron realizar cohesión social para mantenerse en elecciones venideras. Quizás su mayor fracaso se debió a querer implementar una política económica con modelo hindú, con grandes diferencias sociales, principalmente por el tamaño de la población, así como los problemas que se originan por altas concentraciones de desarrollo urbano. Es curioso que el secretario de desarrollo económico del periodo de José Guadalupe Osuna Millán (PAN), que implementó el modelo, ahora es el secretario de Economía en el Ayuntamiento de Tijuana; afortunadamente en esta corta administración de Montserrat Caballero (Morena), este secretario no tiene voz ni voto.

El fracaso del Movimiento Naranja en Baja California

Quizá el caso más triste de fracaso político en Baja California a la fecha ha

sido el del partido político Movimiento Ciudadano (MC), que tuvo que recurrir a un exrector de la universidad estatal. El simple hecho de que para poder tener una cara que haga frente como partido que no es de su partido, da una señal (quizá muchas); y es que desde adentro este partido político no está bien. Si un partido político no es capaz de formar a sus propios cuadros, tanto para la competencia electoral, como para los relevos generacionales, entonces este partido ya está derrotado. Si bien es un partido de poco alcance en el estado y en la región, el hecho de recurrir a un académico que no tiene experiencia política más allá de la universitaria, aunque mucha trayectoria en una institución, la única señal clara es que es un partido satélite, sobreviviendo con el poco presupuesto asignado y quizás algunas “donaciones legales”. La historia se convirtió en tragedia cuando este candidato a la gubernatura renunció y declinó a favor de Morena, lo que fue su pase de entrada a la secretaría de economía con Montserrat Caballero. Después de este movimiento político que le aplicó Morena al Movimiento Naranja, los dejó desarmados y enterrados en el olvido de la política local, antes del día de la elección.

Quizá la expectativa del movimiento era que la matrícula universitaria votara por ellos, lo cual solo indicaría un mayor desconocimiento del comportamiento del electorado y las causas del abstencionismo. Por otro lado, tal vez lo más honorable hubiera sido que aunque no tenía ninguna posibilidad de ganar la gubernatura el candidato Mungaray, el mejor escenario habría sido perder con dignidad y no aceptar un cargo en un ayuntamiento, mientras competía por un cargo de elección popular estatal. No obstante, “algo es mejor que nada”.

Para MC su única oportunidad es colgarse de la fama del gobernador de Nuevo León, ya que el presidente municipal de Monterrey, Colosio, tampoco ha brillado por sus logros, sino quizá por la nostalgia del apellido que carga con mucho peso; de lo que no queda duda es que Colosio necesita mejorar su carrera política para hacer crecer a su partido; y menos videos de él bebiendo cerveza; tal vez Elon Musk pueda ayudar a mejorar su imagen.

El apocalipsis... una breve reflexión

Ya que inicié con la ironía de ser una obra de tipo religioso, lo cual no lo es, ni me acerco en lo más mínimo, voy a citar textualmente al Yogi Sadhguru:



Un cierto día, un buey y un faisán se hallaban en un prado. Mientras el buey pacía, el faisán le quitaba las garrapatas: formaban una pareja perfecta. Al mirar un enorme árbol situado en el linde del terreno, el faisán exclamó: —¡Ay! Hubo un tiempo en que podía volar hasta la rama más alta del árbol; pero ahora no tengo suficiente fuerza en las alas ni para alcanzar la más baja. —Prueba a comer un poco de mi mierda todos los días y observa qué sucede. En dos semanas llegarás hasta arriba —respondió el buey con naturalidad. —¡Pero qué tonterías estás diciendo! —replicó el faisán. —Pruébalo y verás. Toda la humanidad está en ello —insistió el buey. El ave comenzó a picotear, vacilante. Y mira por dónde, el primer día ya podía volar hasta la primera rama, y al cabo de quince días ya había conseguido ascender hasta la rama más alta y se posó sobre ella para disfrutar de las vistas. Un viejo granjero que se mecía en su sillón vio al faisán bien cebado en lo alto del árbol y, sin dudar, sacó su escopeta y lo abatió de inmediato. Moraleja: ¡aunque la mierda puede hacerte llegar a la cima, no deja que permanezcas arriba!

La construcción de un sistema político para el diseño de un Estado involucra a muchos actores, y aunque en algún punto se puede llegar a la cima, también puedes caer desde ahí por un escopeazo, figurativamente hablando; esto es precisamente lo que hemos estado observando en la política en México.

Especulando acerca de quién ha sido el mejor partido político al momento, el laurel lo sigue manteniendo el PRI, ya que, si un político fracasaba, rápida-

mente tenían un sustituto exitoso, caso Colosio-Zedillo. Posiblemente la expectativa será que Morena los rebase, ya que sus líderes tienen una formación priista, pero ahora con más experiencia. Ello no significa que todos puedan llegar a ser un faisán.

El fracaso no le pertenece sólo a los partidos políticos, si bien en su origen la formación de los partidos había sido necesaria para dar vida a un modelo democrático. Si mantenemos la misma estructura y funcionamiento no habrá cambios de diseño, por lo que como sociedad estamos fracasando si seguimos pensando que los partidos políticos son los únicos que pueden generar esos cambios de manera legal.

Si sabemos que estamos siendo gobernados por políticos con niveles académicos sin la formación profesional que implican estos cargos de tanta responsabilidad social, ¿cómo podemos seguir esperando cambios de diseño?; y menos si los principios de la democracia no consideran las capacidades formales para acceder al poder. En este sentido, si esperamos cambios en el estado y en el modelo, no podemos seguir con la ilusión de que los poderes fácticos sigan dirigiendo el rumbo social, a partir de las estructuras normativas carentes de sentido común.

Cierro citando nuevamente a Sadhguru: “El mundo es realmente injusto: se espera que un hombre camine derecho por un planeta redondo que gira.” (Ibidem.)

¿Disolución o transformación de los partidos políticos?

Margarita Salazar



Es normal que nos sintamos tentados a creer que algo se acaba, que ha llegado a su fin, que ha fracasado. Acordemos, primeramente, el significado del término fracasar. De acuerdo con la RAE, fracasar es sinónimo de frustrarse, de malograrse; que un negocio tenga un resultado adverso. Así, fracaso, además del sentido anterior, también nos lleva a entender que algo se ha caído, que se ha arruinado, con estrépito, rompiéndose.

Toda vez que esta serie de artículos obedece al interés de hablar del fracaso de los partidos políticos, nos vemos obligados, antes, a preguntarnos si han fracasado. Yo me inclino a pensar más bien en el ciclo de vida que abarca a todo en el universo, con lo cual nos remitimos a la materia, a lo concreto. Al internarse en el camino de las ciencias sociales, los seres humanos aplican por analogía tal proceso, así como sucede en los fenómenos naturales, ocurre en las operaciones artificiales o en las acciones del hombre.

Fue el historiador británico Arnold Toynbee quien a mediados del siglo pasado expuso su teoría cíclica relativa al desarrollo de las civilizaciones. Él sostenía que una civilización crece y prospera gracias a la forma en que responde a un desafío; y que decae debido a su incompetencia para enfrentar los retos. Aunque negó el determinismo planteado unas décadas antes por su colega alemán Oswald Spengler, quien en su teoría orgánica aseguraba la muerte de las instituciones, no son tan opuestos. Ambos estudiosos tocan de alguna manera aspectos de la existencia de un grupo, ya sea amplio o constreñido. Para el caso que nos ocupa —el fracaso, o no, de los partidos políticos mexicanos— es conveniente retroceder a las épocas de sus surgimientos.

Así recordamos que Plutarco Elías Calles propuso a finales de la década de los veinte del pasado siglo, la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR). Agrupación que aglutinó a los actores sobrevivientes de la Revolución Mexicana, quienes atendían uno de los primeros desafíos que enfrentaban como grupo, el asesinato de Obregón, quien fungía como presidente de México y surgido precisamente del movimiento armado de principios del siglo. En 1992, Casasola Zapata publicó su obra *Historia gráfica de la Revolución Mexicana 1900-1970*, en la que sostiene que dicho partido era «la institución más poderosa para la competencia política, y el lugar adecuado para diseñar los primeros acuerdos y prácticas en la lucha por el poder público»; el mismo Casasola aseguró que tal partido auspiciaba «relevos de gobierno por medio de elecciones y en condiciones de estabilidad social».

Desde sus comienzos el PNR se ostentaba como un partido representante de las masas. Declaraba sus intenciones de proteger los derechos de los trabajadores, motivar la participación política y una más equilibrada distribución de la riqueza. De ahí su carácter socialista y su línea apartada de centro y extrema derecha. Bastante bien conocida es la historia que luego se dio con la creación de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), organismo que para su subsistencia reunió a todos los trabajadores, incluso a los burócratas del gobierno.

En la misma década de los 30, menos de 10 años después de la creación del PNR, se da la primera ruptura entre sus participantes. Elías Calles y Lázaro Cárdenas separaron sus fuerzas, y se modificó el nombre para llamarse Partido de la Revolución Mexicana (PRM), liderado por Cárdenas; coyun-

tura aprovechada por otros individuos y sus seguidores para anunciar la conformación de sus propios partidos.

Nacieron así por la misma época la Unión Nacional Sinarquista, representante de la ultraderecha católica mexicana, y el Partido Acción Nacional, fundado por Manuel Gómez Morín y concentrando a un grupo católico y conservador, que pregonaba sus ideas como pertenecientes a un humanismo cristiano, con todo lo que ello implica: los valores familiares y un movimiento provida, amén de otros aspectos. Por supuesto, el grupo adversario y ya muy establecido en el poder calificó a los advenedizos de ser asociaciones con ideologías y principios opuestos a los principios que habían dado pie a la Revolución.

Durante los siguientes años México vio un crecimiento económico, tal vez como una cuestión propia de esa etapa mundial –había concluido la segunda guerra mundial–. La fuerza del partido en el poder era reconocida; los otros grupos, aún incipientes, no contaban todavía con la masa suficiente para derrocarlo. En esa década de los 40, los integrantes o sus dirigentes, modifican de nuevo el nombre para ser distinguido como el Partido Revolucionario Institucional (PRI). He ahí que se autorreconocen como la única fuente de poder político arguyendo la estabilidad lograda en el país. Soportaba las presiones, pues a toda costa deseaban conservar su prestigio y todo lo que eso comprendía: puestos en el gobierno, poder político y económico, pertenecer a la clase dominante, etcétera.

Los años no perdonan ni a nadie ni a nada. Unos mueren y otros nacen. Así que los integrantes del PRI, sobre todo los de la alta dirección –diríamos ahora– se vieron precisados a aceptar a los individuos de la nueva generación, pero se trataba de gente con otras características, ya no las de aquellos hombres revolucionarios y postrevolucionarios; llegaban los hijos, los descendientes, civiles con educación universitaria. Y además, se vieron obligados a enfrentar nuevos retos, como aquel de la lucha de las mujeres por el derecho a votar. Cosa que se les concedió, de momento sólo para elecciones municipales. En la siguiente década tuvieron que aceptarlas en las votaciones generales; así que ellas se convirtieron en un público al que había que persuadir para que el PRI conservara su autoridad.

La guerra fría, los campeonatos mundiales de fútbol, la llegada de la televisión a los hogares mexicanos, los concursos de belleza femenina, el triunfo de la revolución cubana, el movimiento hippie y otros eventos que uno pensaría desligados de la política mexicana y universal, fueron circunstancias que de una manera u otra representaron desafíos para ese partido casi único en México, cuyos líderes lograban dominar casi por completo el ambiente político. Se sostiene que con Gustavo Díaz Ordaz y la matanza de Tlatelolco se dio un declive del partido en su primera etapa. Sin embargo, todavía faltaba un largo camino durante el que continuaría ostentando el poder; senda que ha sido calificada de represiva.

Luego de eso, las siguientes cabezas puestas por el PRI en la silla presidencial vieron una economía en crisis, aunque defendían el peso “como un perro”. En la década de los 80 ya era imposible ignorar las irregularidades de las elecciones en las que “ganaba” el mismo partido. De nueva cuenta el PRI se vio obligado a superar los retos que se le presentaban, retos mandados del mismo movimiento mundial.

Mas en esas dos últimas décadas del siglo XX algo muy turbio se daba en los entretelones de los partidos. Sólo recordemos que Carlos Loret de Mola Mediz, quien fue gobernador de Yucatán (1970-1976) por el PRI y también periodista –escribía para el *Novedades de Yucatán*– fue asesinado en 1986. Tres

años después, en 1989, Maquío, Manuel Clouthier (político, líder sindical y empresario), aspirante del PAN a la presidencia nacional en 1988, perdió la elección durante una “caída del sistema” en favor de Salinas de Gortari, por supuesto exigía la repetición de los comicios. Él, convenientemente, murió en un accidente automovilístico, prensado por un pesado tráiler de carga.

Luego fue el turno de Luis Donald Colosio, el sonoreño priista de corazón fue candidato a la presidencia de la república hasta su asesinato en 1994. Año funesto para algunos de los personajes ilustres de tal partido, pues ese mismo año asesinan al cuñado de Salinas de Gortari, José Francisco Ruiz Massieu. ¿Ellos eran retos o desafíos?; es decir, ¿se convirtieron en una amenaza?, ¿o eran rivales muy fuertes?; ¿una competencia difícil?, ¿para quién? Los rumores entonces dejaban ver una falta de avenencia dentro del partido, que hacía malabares para mantener la unidad.

Así, entre vicisitudes, el 2000, año de la alternancia, vio la “caída” del partido que se había sostenido como exclusivo en el poder durante más de cincuenta años. A partir de entonces el ambiente político mexicano se vistió de diferentes rasgos; ya no mostraba sólo sus colores verde, blanco y rojo; los colores proliferaron y las prácticas políticas se diversificaron.

El blanquiazul llegó con fuerza, una fuerza inusitada, una fuerza que estalló. A veces se sabía la razón, no era el PAN con su ideología sino el hartazgo de la gente; después de setenta años, todos deseaban un cambio, ansiaban creer que su voto valía algo. Así, el último de la larga lista del PRI se vio obligado a entregar la batuta al nuevo presidente de la nación, Vicente Fox (2000-2006). Su comportamiento político no fue tan distinto a quienes lo antecedieron, ya que continuó con la política económica neoliberal establecida por los anteriores tres presidentes priistas. Más bien fue torpe, pues se enredó en un escándalo con el líder cubano Fidel Castro, y otros de menor valía. Eso sí, fue el creador por decreto de la Agencia Federal de Investigación (AFI).

Por cierto, medio mundo ha querido tildar a García Luna como panista, pues fue director de la AFI durante la administración de Fox; y porque estuvo encargado de la Secretaría de Seguridad Pública en la siguiente, la de Felipe Calderón, quien se enfrascó en una guerra contra el narcotráfico. Sin embargo, este tan conocido personaje es un claro ejemplo de que en este siglo XXI no es necesario ser un miembro fiel, de hueso colorado de tal o cual partido. Él tiene una larga carrera. En 1999 se creó la Policía Federal Preventiva, por mandato del entonces presidente Ernesto Zedillo. A esa corporación se integró García Luna, después de prestar sus servicios durante casi diez años en el Centro de Investigación y Seguridad Nacional (CISEN), que también tiene una generosa historia, pues dependía de la Secretaría de Gobernación en el mandato de Salinas.

El PAN se quedó un nuevo periodo (2006-2012) con Felipe Calderón, para en el 2012 entregar la dirección de nuevo al PRI. Enrique Peña Nieto (2012-2018) llegó al cargo gracias a las maniobras de... Tanto su principio como su fin estuvieron enmarcados por sendos escándalos. Uno, la boda auspiciada por Televisa en el 2010, entre el entonces gobernador del Estado de México y la actriz, no fue sino un espectáculo acarreador de la masa, la masa de votantes, por supuesto. El otro alboroto fue por la dichosa casa blanca, aquella motivo del escándalo investigado y sacado a la luz por Carmen Aristegui. Pero ese sólo fue un escándalo entre los tantos que matizan la historia mexicana.

Aterrizamos así en la última administración, la de López

Obrador (2018-2024). Y estos ires y venires de partidos, esta época sin la dirigencia única del PRI ha motivado que quienes ven en la política una profesión –cuyo único propósito es el de proveer fondos económicos a algunas familias–, o quienes se embarcan en la endeble esperanza de democratizar al país, pongan sus ojos en el mejor postor. López Obrador es el mejor ejemplo de ello. Cuando fue Jefe de Gobierno de la Ciudad de México, estaba en el cargo por esfuerzo del Partido de la Revolución Democrática (PRD), fundado por Ifigenia Martínez, Porfirio Muñoz Ledo y Cuauhtémoc Cárdenas. Sin embargo, antes de “pertenecer” a tal grupo, López Obrador era un reconocido militante priista, como los otros tres mencionados. Prácticamente, el PRD fue una escisión del PRI (1988). Y el 2011 vio nacer al Movimiento de Regeneración Nacional (MORENA), al que en la última década se vio correr a múltiples personajes de la política, para alcanzar los ansiados puestos de alcaldes, gobernadores, diputados y senadores.

En estos últimos años los partidos han visto cómo los políticos van y vienen, Igual que las alianzas, se hacen y se deshacen. Por otra parte, los descendientes de aquellos renombrados políticos, fieles a sus partidos, han tenido que apechugar, ya sea que se mantengan fieles a los grupos de sus padres o que aprendan a convivir con los adversarios, incluso trabajando con ellos codo a codo.

Los partidos, pues, no han fracasado, no se han malogrado, quizá no alcanzan los triunfos inmediatos esperados; se adaptan a los nuevos tiempos. Por supuesto, la mirada de quién opine podrá decir algo en contra; argumentar que se caen, que se arruinan, que se rompen. Sin embargo, yo sostengo que se mueven en los ciclos propios de las civilizaciones; que sobreviven, mejor o peor, que se transforman de acuerdo con las maneras en que responden a las nuevas circunstancias: activistas, reclamos feministas, el movimiento de los jóvenes #YoSoy132, delincuencia organizada –dentro de los límites legales o fuera de ellos–, aprender a morderse la lengua para no ser expulsado, el movimiento LGBTTI, el caso Ayotzinapa, relacionarse con las piezas claves de la economía mundial, las redes sociales, así como a la proliferación de otros elementos que van surgiendo en el escenario nacional.

Si decaen debido a su incompetencia para enfrentar los retos, casi casi desaparecen; podemos nombrar como ejemplos de esto al PRD, que vio mermada su fuerza con la desbandada provocada por la salida de uno de sus principales integrantes; o el PRI, que perdió fuerza a finales del siglo XX; o los partidos menores, el verde, el naranja, que han sido mínimos desde su surgimiento y que han servido de comparsa o de piedra en el camino a los más grandes. Pero eso demuestra la inhabilidad para moverse en un espacio público muy competido. No ignoramos que un gran número de partidos han sido fundados y disueltos sin mayor pena ni gloria, desde el mismo siglo XIX, cuando México fue declarado independiente.

Lo que sí es cierto es que, según el INEGI, más de la mitad de los participantes en la Encuesta Nacional de Cultura Cívica 2020, respondieron que la gente de la política, o representa los intereses de sus partidos o sólo cuidan sus intereses individuales; en otras palabras, el beneficio de la población queda muy por debajo. Y entre los mismos encuestados hay una tendencia a creer que los partidos políticos no sirven para nada.

Este que he pintado es un mundo político bastante joven, es decir, le falta madurar. Mientras tanto, quienes han participado en él han velado, primeramente, por sus intereses personales, en su mayoría; los menos han creído en la posibilidad de gobernarnos con mejores formas por el bien común.



De ahí que actualmente los individuos que optan por la actividad política como medio de figurar y de ganarse el pan de cada día, se han visto obligados a luchar no sólo en el contexto nacional, sino a competir dentro de su propio grupo. Inclusive escritores como Francisco Hinojosa se nutren de esas fuentes para componer sus relatos. La historia de su “Fábula” nos remite con toda claridad a las maneras de actuación en la actual política mexicana. Consideremos a quien se encuentre en la silla presidencial como el clásico León:

Andaba el León de contentillo manipulando a uno de sus allegados cuando llegó el Grillo a decirle que [...]

–Las eras modernas ya llegaron.

Para referirse a las alianzas entre quienes tradicionalmente ni se podían ver. Lo que puede llevar al menos imaginado a la cúspide del poder:

Tras algunos incendios y pocas esperanzas, el Rinoceronte puso sus asentaderas en la silla y se colocó en la cabeza la corona.

Continúa pasando el tiempo con sus avatares a favor y en contra. El viejo León continúa con vida y:

Tras algunos desmadres y muchas renunciaciones, el León hizo traer al Grillo.

–¿Cómo va la alianza? ¿O sea: vamos a ganar?

–Con la ayuda de los propios rinos, que no paran de hacer pendejadas, yo creo que arrasaremos.

–¿Cómo va la negociación con los demás hipos?

–Difícil. Quieren muchos cargos, además de la mayoría en el congreso.

El tiempo transcurre, como es natural, y cambia la cabeza de quien dirige el grupo:

Tras una guerra interna y algunos decapitados, el Hipopoleón sentó de soslayo su enorme culo en el trono real. El Grillo citó al León en el casino de las zopilotas.

–¿Te acuerdas cuando te dije que entre leonar y grillar había una diferencia?

Y socarronamente, Hinojosa no se resiste a incluir la pieza que distingue a las fábulas desde los tiempos antiguos:

Moraleja: Esa. ~

“Quien tenga oídos que oiga”, dijo Mateo el evangelista.

Dilemas contextuales para entender el fracaso del PAN

Xochitl Patricia Campos López

Puebla.- *Introducción.* Para comprender la situación de gravidez que rodea al PAN, se establece en esta reflexión el análisis de dos coyunturas o determinantes históricas: la Hispanidad y la Democracia Delegativa. Acción Nacional no ha logrado resolver su papel como representante del conservadurismo mexicano: ni se asume como el estandarte del nacionalismo católico, ni se define como un organismo político que abarque la propuesta democrática, modernizadora y liberal desde una tendencia neoliberal. Su papel como oposición leal y desleal ocasiona que la sociedad y alguna probable base de apoyo, no lo tome en serio. Sin embargo, la crisis del PAN se atribuye más a las condiciones históricas y contextuales del país que al modelo de organización que estableció Acción Nacional para desarrollarse como instituto político.

¿Existe una fuerza mayor que influye para el reduccionismo panista? Por un lado, el patrimonialismo burocrático del colonialismo español y, por el otro, la democracia delegativa. Ambos fenómenos son limitantes históricas del civismo político que Acción Nacional propugna defender.

El PAN ha pretendido construir un régimen democrático liberal en la retórica de su narrativa; empero, tal visión resulta falaz al entender los nudos históricos de la derecha mexicana y, sobre todo, que el partido político como tal, actúa como una fachada del nacionalismo católico que ha cohabitado con el régimen de la revolución mexicana desde el fin de la Guerra Cristera, para establecer concordatos, patronatos, políticas públicas, concertaciones y modelos económicos colonialistas. Mientras el PAN permanezca como una franquicia del poder fáctico que concentra la Iglesia Católica, siempre será visto de forma instrumental por los grupos reales

que administran el poder de la derecha mexicana.

Por tal razón, el PAN siempre ha quedado al margen del verdadero poder fáctico que la ultraderecha mexicana (Empresarios/Nacionalismo Católico) consigue, desde la candidatura presidencial de Juan Andrew Almazán y probablemente en otros casos, la visión de ganar perdiendo implica que los Jefes Reales del PAN obtienen prebendas y canonjías mientras el partido sobrevive como puede.

Incluso cuando Acción Nacional alcanza la presidencia de la república, esta lógica es persistente; el instituto político no tuvo la capacidad para ejercer un gobierno auténtico y cohabitó con otros grupos de poder que migraron de la antigua coalición revolucionaria priista hacia la derecha neoliberal y la derecha religiosa pragmática.

Primer Tiempo. La Hispanidad

¿Cómo relacionar a Manuel Gómez Morín con el Modelo Habsburgo? Los sociólogos latinoamericanistas llaman el "Modelo Habsburgo" al orden feudal, patrimonialista, caciquil, sustentado en el sistema de castas ibérico y, sobre todo, en la explotación de una masa empobrecida sustentada en el hambre milenaria. Su antecedente inmediato en Latinoamérica parte de la organización contrarreformista española inspirada en el absolutismo espiritual del Sacro Imperio Romano Germánico que, a veces, ni los mismos Habsburgo entienden, como es el caso del pobre tonto austriaco que trajeron a México los representantes de la derecha mexicana en el siglo XIX, para corregir el rumbo del país e impulsar otra Contrarreforma.

Desde el inicio de su vida académica, Manuel Gómez Morín vislumbró que el liberalismo político no era el camino adecuado para México, en su tesis de

licenciatura le planteó severas reservas. La forma en que integra su vida universitaria muestra apego al sentido de la patria cotidiana y de la estructura hispanista que el país ofrece como paisaje. No es un hispanista exacerbado, tampoco un mexicanista dispuesto a construir una nación haciendo tabula rasa del pasado. Gómez Morín manifiesta un hispanismo o latinismo natural y flexible, probablemente cercano al espíritu intelectual de la época donde Rodó, López Velarde, Vasconcelos, Rubén Darío y algunos otros pensadores –si bien no llegaron a manifestaciones antinorteamericanas–; tenían claro que la influencia que buscaba Estados Unidos en México y Latinoamérica no era benigna. El sentido traumático español por el drama de 1898 frente a Norteamérica, sería profundo y extenso en los países latinoamericanos, donde los jóvenes como Gómez Morín estaban formándose.

La compenetración del Hispanismo fue imposible con el Panamericanismo que irradiaba Estados Unidos. Antes de la Guerra Fría que dividió al mundo en dos polos ideológicos, el Hispanismo consideró necesario una aproximación con Latinoamérica que rescatara el campo ganado de la religión, idioma, raza y cultura, para mantener la influencia del imperialismo español. El Hispanismo toma grandes impulsos durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera, como resignificación de España y como estrategia geopolítica frente al desastre material.

Con Gómez Morín, como ocurre con otros hispanistas, el radicalismo del nacionalismo católico español se fue acentuando al paso del tiempo. El Gómez Morín de los Siete Sabios, no es el mismo que funda el PAN, o el que se enfrenta al general Lázaro Cárdenas.

De ahí que el ensayo "España Fiel" represente el punto de no retorno en



Manuel Gómez Morín, que adopta una apuesta política restauracionista y renovadora del Imperialismo Español; o bien, como lo define Howard Wiarda (1997), el Modelo Habsburgo. Puede afirmarse que los compromisos sociales y religiosos lo llevaron a ese puerto, pero quizá un elemento más poderoso fue la dimensión civilizatoria de las naciones emergentes hijas de España.

El ensayo gomezmorinista es una devota guía de lo que debe hacerse en México, punto a punto, parte a parte, y en un clima coincidente con las metas de los gobiernos que iniciaban el régimen de la revolución mexicana y con los cuales había colaborado.

Aunque la participación de Gómez Morín con Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles le resultaron decepcionantes, tanto por las ambiciones y errores de los generales sonorenses, como por el abusivo imperialismo norteamericano, que no cesaba en su intento de dominar México y evitar cualquier tipo de emancipación económica, veía en el sistema político mexicano la posibilidad de estructurar un partido político que rescatara la veta tradicionalista que le había dado orden al país, aunque no alcanzó el desarrollo y la justicia social.

La tragedia española de 1898 resul-

taba semejante a la tragedia mexicana de 1911, ambas provocadas por el mismo actor: Estados Unidos. España Fiel resulta, entonces, esa búsqueda de sentido respecto a un quehacer para lograr la recuperación económica, política y social. El mundo hispanoamericano comparte la melancolía en proporciones diferentes, pero le aqueja también el mismo espíritu arrebatado y utópico, quijotesco, para encontrar en el pasado religioso la solución al presente.

Frente a la incompreensión de los revolucionarios, se hace indispensable volver a la trayectoria natural que ha seguido por inercia, de forma invisible, Hispanoamérica y que, aun cuando no se puede ver, tiene grupos dirigentes: las generaciones. El hispanismo, la fuerza motriz oculta de América Latina, queda como la única vía, válida y efectiva, para sobrevivir.

El hispanismo es el camino tradicional, pero el que ha servido a lo largo del tiempo. En España Fiel se expresa en todo momento y se destaca el Modelo Habsburgo consolidado en el siglo XVI, que contiene las características más significativas de la contrarreforma española, así como se identifica con el nacionalismo católico de la España Castiza.

Esa comprensión del conservadurismo

mexicano se profundiza al paso de los años y, más tarde, aproxima el hispanismo con el franquismo, el filonazismo y el anticomunismo

El contexto también va fortaleciendo el hispanismo conservador de Manuel Gómez Morín. En un sentido formal puede decirse que triunfó frente a la revolución mexicana, pero también tuvo que hacerse acompañar del interés geopolítico de los Estados Unidos.

El hispanismo que describe y defiende Manuel Gómez Morín en España Fiel se afirmó con la evolución del Sistema Político Mexicano. Aunque puede decirse que no se consiguió el desarrollo de las sociedades hispanistas perfectas. La hegemonía de sus colonias es efectiva.

Segundo Tiempo. Sobrevivir en una democracia delegativa

La teoría de los partidos políticos señala que los partidos de cuadros mantienen una estructura reducida, federalizada (¿balcanizada?) y autónoma. La mayor parte de estas características se ajustan al Partido Acción Nacional y explicarían su tamaño reducido en el sistema político mexicano; sin embargo, no explicarían su fracaso –que es real– y, probablemente, obedece más a circunstancias históricas, contextuales y culturales.

La transición política significó el desarrollo de las democracias delegativas o fallidas en Latinoamérica, que también plantearon retos significativos para partidos como el PAN. La democracia delegativa hace ineficiente el sistema de partidos, sobre todo de los organismos políticos que alcanzan el poder y, dada la incapacidad institucional, caen en el cesarismo o caudillismo republicano típico de los juegos suma cero no colaborativos que plantean el modelo presidencial y la democracia delegativa. Aunque el gobierno de Vicente Fox buscó una inclusión de distintos actores sociopolíticos en el diseño de su gobernabilidad, la impotencia para conseguir que esto se tradujera en apoyo del poder legislativo para implantar un cambio de régimen, envolvió al panismo en la cohabitación con los poderes tradicionales y fácticos que –aun con la salida del PRI de la presidencia– sirvieron para que los priistas se alzaran con el control del país. La situación empeoró con el gobierno de Felipe Calderón, porque decidió impulsar una guerra contra el narcotráfico que implicó militarizar excesivamente su gobierno y emplear las Fuerzas Armadas para legitimar un gobierno que fue marcado como espurio, antidemocrático, corrupto y disperso; al final, el involucramiento del calderonismo con la narcopolítica, también será una marca indeleble en la evolución del PAN, después de alcanzar la presidencia de México.

A falta de una membresía comprometida y una militancia capaz, el PAN se dedicó a importar cuadros priistas y construir alianzas pragmáticas polipartidistas. El transfuguismo y emprendedurismo partidista también son fenómenos de las democracias delegativas que contaminan el sistema de partidos conforme avanza la descomposición democrática. El PAN comenzó a desdibujarse y comenzó a encumbrar a perfiles ajenos a la propuesta de la democracia cristiana, incluso de la propuesta cívico liberal que los fundadores universitarios y minorías excelentes afirmaban representar fielmente en el partido. El conservadurismo liberal tuvo que admitir a neoliberales, caciques priistas y caciques corporativistas; la vocación individualista y cívica que había construido el PAN. Las prácticas clientelares y corporativistas introdujeron dilemas organizativos para Acción Nacional que no puede digerir, y tuvieron como consecuencia una militancia nacional en el mínimo requerido indispensable para

mantener el registro como partido en el INE (Instituto Nacional Electoral) y la formalización del clientelismo político con sectores populares para alcanzar cargos de representación pública.

La democracia delegativa también planteó límites severos a los diferentes partidos. Conforme a Guillermo O'Donnell (1998), las democracias de este tipo no permiten gobernabilidades exitosas y generan desencantamientos sociales que alimentan el populismo y la resistencia colectiva. Sin duda, estos factores explican que la errática conducta del PAN en la presidencia de la república alimentara el regreso del PRI y coadyuvara al dispositivo populista que brindaría nuevas posibilidades a López Obrador.

Aunque se suele considerar que coyunturas como la Primavera Árabe pueden generar cambios en el sistema de partidos, para el caso latinoamericano también hay que apuntar la energía negativa o retraso que genera una ingobernabilidad institucionalizada. Acción Nacional es rehén de la democracia delegativa y de la influencia poderosa que ejerce la ultraderecha hispanista católica. El contexto no resulta favorable para este instituto político así como otros eventos. No obstante, también es cierto que hay condiciones adjudicables sólo al PAN. Aunque se consideraba en el pasado que su modelo organizativo no permitía reproducir sus cuadros dirigentes en forma mecánica, lo que ocurrió con el contexto de la democracia delegativa fue la imposición al PAN de facciones priistas, ultraderechistas y neoliberales que han alejado a las clases medias e incluso a ciertos sectores populares católicos donde se consideraba válida la opción cívico liberal del panismo histórico.

Ha sido más grande el desencanto con el PAN por parte de la sociedad, que el número de afiliados en militancia panista de los últimos años. Lo que permite entender el sentido de las cifras electorales que alcanza en los recientes procesos locales y federales. La cuota electoral del PAN se ha convertido en clientelar, corporativa y caciquil; nada se corresponde con la preferencia clase-mediera y urbana que le acompañó en las elecciones del pasado. Las alianzas pragmáticas polipartidistas también le obligan para ampliar su mercado de rentabilidad electoral, aunque con prácticas de institutos políticos ajenas en ideología y forma de gobernar. La alianza PRIANRD, por ejemplo, es irracional en lo que se corresponde con las

trayectorias ideológicas, históricas y biográficas de los elementos que la componen; empero, resulta lógica cuando se comprende el contexto de supervivencia partidista.

A últimas fechas, el modelo de las alianzas pragmáticas polipartidistas de gobernabilidad limitada se impone como la ruta panista a seguir. Aunque el PAN se constituye como el Eje del PRIANRD, lo cierto es que se ha desdibujado doctrinariamente y, en el futuro inmediato, el PAN se verá obligado a transformarse en un partido semicorporativista.

Conclusión

El PAN se hace funcional cuando entiende que la democracia delegativa permite la existencia de la determinante histórica llamada “Modelo Habsburgo”, que establece el dominio del nacionalismo católico hispanista.

El PAN seguirá existiendo dentro del círculo vicioso de la democracia delegativa, pero es seguro que cada vez más se alejará de la coyuntura histórica y modelo organizacional que le dieron origen. O'Donnell ha descrito las características enfermizas de las democracias delegativas desde hace varias décadas, conforme las experiencias de países sudamericanos; probablemente a eso se refería Manuel Camacho Solís cuando señalaba que la argentinización no era el escenario recomendable para la evolución del Sistema Político Mexicano. La democracia delegativa implica un transformismo político que ha comenzado a vivir Acción Nacional. La mezcla extraña que significa el PRIANRD puede dar origen a un bloque neoliberal semi progresista que se aleje del humanismo cristiano y democrático cívico que admitió el PAN cuando adoptó la Doctrina Social de la Iglesia. Sin duda, el futuro del PAN es bizarro, aunque recordando el surrealismo de la política latinoamericana, nada de lo que depare el porvenir de la derecha electoral parece extraño.

Fuentes

Wiarda, Howard J. *Determinantes históricas del Estado Latinoamericano: la tradición burocrático-patrimonialista, el corporativismo, el centralismo y el autoritarismo*, en Vellinga, Meno, (coord.). El cambio del papel del Estado en América Latina. Siglo XXI editores, México, 1997. O'Donnell, Guillermo. *Contrapuntos*. Paidós, Argentina, 1998.

Fracaso político en Israel

Diana Bank Weinberg y Felipe de Jesús Bello



Cuanto mayor es el poder, más peligroso es el abuso.

Edmund Burke

Fort Worth / Puebla.- *Introducción.* Los partidos políticos fracasan por distintas razones, que tienen que ver con las circunstancias del momento, pero también entre otras por razones culturales e históricas. Cada país tiene circunstancias diferentes, por lo que no es fácil generalizar para todos los países. En este ensayo nos centraremos en los países que son democráticos, es decir, que tienen más de un partido político y celebran elecciones libres. Algunos debatirán si esto realmente existe, pero supongamos por el bien de este documento que es así.

A modo de ejemplo, nos centraremos en Israel, un país (que muy a menudo aparece en las noticias) cuyo cuerpo político es bastante diferente a otros comparables, pues se encuentra justo en la intersección de los países modernos occidentales y los de Oriente Medio. Hemos escogido Israel porque sus particulares circunstancias lo convierten en un buen caso de estudio sobre el fracaso de algunos partidos políticos y lo que esto supone

para un país, pues la situación actual podría dar un giro drástico para este país pequeño, pero muy occidental. De hecho, hay un chiste judío: “¿Cuál es el sueño israelí?”: “Cumplir el sueño americano”. Esta idea está a punto de ser puesta a prueba crucialmente en las próximas semanas. Como posibles explicaciones, proponemos: en primer lugar, que las diferencias internas de los partidos de izquierda no les permiten trabajar juntos para derrotar a los partidos de derecha y sobrevivir como una entidad unida; y en segundo lugar, que los cambios demográficos que está experimentando Israel, llevarán al fracaso a ciertos partidos políticos y el ascenso de otros, cambiando así profundamente su configuración política. Finalmente, concluimos considerando los posibles escenarios del futuro político de Israel.

¿Cuál es la razón de ser de un partido político?

En la Antigua Grecia existían facciones o grupos políticos aliados por clase social, ideas y temas comunes contra rivales; éstos podrían considerarse a grandes rasgos como los precursores de nuestros sistemas políticos modernos. Fue hasta alrededor del siglo XVII que inició en Inglaterra la transición hacia los partidos políticos (bajo la dirección de Edmund Burke), con la discusión en torno a los límites del poder de la monarquía, que en su objetivo de estabilizar y administrar el país dividiría a las facciones políticas en Tories y Whigs. Estos partidos evolucionaron y cambiaron apoyados primero por los ricos y aristócratas, para más adelante integrar a las clases mercantiles emergentes, hasta incluir a todos los adultos mayores de 18 años. A medida que este tipo de gobierno se extendió por el mundo occidental primero, y luego al resto del mundo, después de las revoluciones y el surgimiento de los estados-nación europeos a fines del siglo XVIII y el siglo XIX, los partidos políticos surgieron bajo las diferentes circunstancias de cada país. En los Estados Unidos, la plataforma fundacional del Partido Demócrata incluía la defensa de la esclavitud, mientras que el Partido Republicano se oponía a ella, lo que sería un anatema para lo que estos partidos creen y apoyan en la actualidad. Por lo tanto, las ideas detrás de los partidos políticos cambian con el tiempo y se adaptan a las circunstancias contemporáneas. Esto, a su vez, tiene el efecto de disminuir o aumentar el apoyo de sus votantes, lo que será clave para el éxito o el fracaso de los partidos políticos, especialmente aquellos de las democracias parlamentarias, donde las coaliciones son de rigor. Por ello, el caso de Israel es particularmente interesante, como ejemplo de cómo los partidos políticos pueden fracasar.

Partidos políticos en Israel: un caso de supervivencia existencial

Israel es un país relativamente joven, con apenas 75 años, pues fue fundado en 1948. Sin embargo, durante las últimas décadas el panorama político del país ha sufrido drásticos cambios, que han culminado en su actual crisis existencial.

Como la idea de un país o nación para los judíos era ser el lugar de retorno para cualquier judío del mundo, la política tuvo desde su origen fuertes connotaciones nacionalistas, cuyo sustento ideológico es el del sionismo del siglo XIX, que propugnaba la idea del retorno a Sión, o las antiguas tierras hebreas, donde los judíos habían vivido y desde donde fueron exilados, primero por los asirios (siglo VI a. C.) y más adelante por los romanos (siglo I a. C.). El movimiento sionista fue similar a otros movimientos nacionalistas de la época (Alemania e Italia, siendo los más destacados) y reflejaba las ideas de Theodor Herzl, cuya concepción de una patria judía se hizo famosa en su libro *Das Judenstaat*, publicado en 1895. Sin embargo, a

diferencia de dichos movimientos nacionalistas, la inmigración al territorio de la para entonces Palestina incluyó también a los judíos más observantes de la religión, pues incluso la palabra hebrea para inmigración a Israel (“*aliyah*”) significa “elevación”. Esta palabra, proveniente de la Biblia (Génesis 50:13) tiene connotaciones religiosas: la Tierra de Israel es “más alta” que otras tierras, por lo que es más fácil conectarse con Dios desde allí. Por lo tanto, los partidos políticos sionistas que se establecieron originalmente en el naciente Estado de Israel incluyeron partidos religiosos, con lo que desde entonces hubo una clara interacción entre la política y la religión. Ninguna otra democracia occidental tiene hoy en día un sistema político parecido. Por el contrario, la religión no tiene espacio legal en la política, aunque es bien sabido cómo los grupos de presión presionan a los gobiernos, ya sea en Japón, la Unión Europea o los Estados Unidos, donde existen alrededor de 200 grupos religiosos que gastan alrededor de 300 millones de dólares por año para influir en la agenda del Congreso.

Hoy en día, Israel es una democracia parlamentaria con más de 30 partidos políticos, un número sin precedentes en la mayoría de los países occidentales. Dependiendo del año electoral, muchos partidos aparecen y desaparecen dependiendo de si alcanzan o no el umbral necesario del 3,25% para tener derecho a participar en el Parlamento: la Knesset. De hecho, sería inútil enumerarlos a todos, ya que muchos emergen a menudo con fines concretos, solo para desaparecer en unos pocos años. En un momento dado hubo un partido cuya única plataforma fue legalizar la marihuana para uso recreativo (“*Ale Yarok*”); en otro caso, un ex agente del Mossad de avanzada edad, fundó un partido para representar exclusivamente los intereses de los ancianos. Sin embargo, este tipo de partidos de plataforma única carecen de una influencia consistente a largo plazo en la política. Como este artículo trata sobre el fracaso de los partidos políticos, nos concentraremos exclusivamente en los partidos históricamente más establecidos de Israel, el Likud y el Laborista, porque a pesar de que las razones y explicaciones son complicadas, lo que le suceda a ellos nos permite comprender cómo será el futuro político del país.

En su mayoría, los partidos que se han disputado el poder a lo largo de la historia de Israel se ubicaban en un espectro similar al de otras democracias occidentales, con los partidos de centro derecha (Likud) y centro izquierda (Laborista) como los principales rivales, pero con la participación de algunos partidos (relativamente) más pequeños pero influyentes, como Shas, un partido religioso de derecha; o Meretz, un partido no religioso de izquierda. No obstante, debido a las circunstancias históricas particulares del país, Israel es único en otro sentido: tradicionalmente, las plataformas de los partidos más importantes han incluido una posición respecto a la situación de los palestinos. Así, por ejemplo, mientras que en los Estados Unidos el Partido Republicano ha defendido tradicionalmente un gobierno más pequeño en general, y el Partido Demócrata una mayor intervención gubernamental, especialmente en cuestiones sociales, el caso israelí es único en el sentido de que el principal diferendo en las plataformas de los principales partidos es la cuestión no resuelta del Estado palestino. Así, mientras que Yemina (derecha) promueve los asentamientos en Cisjordania (o Judea y Samaria en su lenguaje) y, por lo tanto, no acepta la solución de dos estados (un estado palestino al lado de Israel), Meretz (izquierda) tiene la opinión opuesta. El voto popular en Israel, entonces, se define en buena medida en base a cómo debería ser la relación con los palestinos. Aunque la economía y otros temas también son importantes, el problema

palestino ha sido lo que históricamente ha determinado para muchos las elecciones en Israel. Hoy en día, sin embargo, son muchas personas que están cansadas de discutir este problema, que ha estado en el centro del debate político por décadas, por lo que se han vuelto cada vez más apáticos al momento de ejercer su derecho al voto. Más recientemente, sin embargo, existen otras razones, tal vez más apremiantes, por las que algunos partidos políticos en Israel han fracasado; en este caso, los partidos de centro y centro-izquierda.

Apuestas políticas en la izquierda: la desaparición de la izquierda en Israel

Los partidos políticos más conocidos y antiguos de Israel son el Laborista (centro izquierda) y Meretz (izquierda), con Azul y Blanco (centro), y Yesh Atid (centro), que se fundaron recientemente. Estos dos últimos eran ideológicamente similares al Partido Laborista, en el sentido de que no apoyaban ideas religiosas y representaban a la clase media secular israelí. (Un dicho judío dice: “Dos judíos, tres opiniones”.) Los partidos han ido y venido, han cambiado de nombre, se han fusionado y separado por distintas causas y razones.

Como se explicó anteriormente, las principales diferencias históricas entre los partidos han sido sus posiciones ideológicas con respecto al estado palestino. Más recientemente, los israelíes se han desilusionado con la solución de dos estados, ya que los políticos han tratado de resolver este problema sin ningún éxito, especialmente después del asesinato de Itzhak Rabin en 1995, después de haber negociado los acuerdos de Oslo, un acontecimiento que cambió el discurso sobre la paz en Oriente Medio. Como la mayoría de los israelíes tienen problemas más apremiantes de qué preocuparse (principalmente el terriblemente alto costo de vida en Israel), han perdido interés por la idea de un estado palestino junto a Israel; pero continúan temiendo profundamente por su seguridad, ya que pueden ocurrir erupciones violentas en cualquier momento y parte del país, como pueden atestiguar quienes han sido testigos de los bombardeos con cohetes en la Franja de Gaza. Los políticos de derecha se han aprovechado de esto y se han concentrado en sembrar el miedo en la población israelí. De acuerdo con el marketing político de estos partidos, son ellos los que deben detentar el poder, porque son los únicos que pueden mantener a salvo y ofrecer seguridad a la población de Israel. Es el miedo, entonces, un sentimiento terriblemente potente, pero muchas veces inconsciente, la semilla fundamental de la estrategia política de la derecha israelí. Sin embargo, a diferencia de otros casos, como los de Putin en Rusia, Trump en los Estados Unidos, o Johnson en el Reino Unido, en Israel no es el miedo a una potencia extranjera, o una inmigración que se haga con el control de la sociedad, sino más bien un problema existencial de seguridad, contra el cual Israel ha luchado desde el mismo día de su proclamación como Estado en 1948.

Desafortunadamente, dado que los partidos de centro-izquierda e izquierda todavía tienen en sus plataformas la solución de dos estados, que ha perdido el favor de muchos israelíes, el apoyo para ellos ha disminuido desde el colapso de los acuerdos de Oslo y la Segunda Intifada del año 2000. Aunado a esto, por un lado, muchos israelíes de origen no europeo (mizrajíes o sefardíes) no han visto representados sus intereses económicos y políticos en las plataformas de los partidos históricos, lo que les ha llevado a escuchar a aquellos partidos que siendo marginales, sí los incluyen. Por otro lado, como era de esperarse, los ciudadanos árabes de Israel tradicionalmente se han identificado con los partidos árabes (Hadash, Balad,



Ra’am y Ta’al, entre otros), fragmentando aún más el espectro político israelí en detrimento de la izquierda. En este sentido, una reconfiguración profunda de la izquierda israelí beneficiaría a todos los partidos de izquierda, en la medida en que sus plataformas fueran reformadas para incluir temas que sean de interés para los ciudadanos árabes, las personas de menor nivel económico y social y, sobre todo los no religiosos, además de la clase media educada, que continúa apoyando un Estado democrático no religioso. Todos estos grupos votarían con gusto por un partido que les hable y responda a sus preocupaciones. Lamentablemente, sin embargo, la izquierda carece de un líder de la talla de Bibi Netanyahu, el otrora buen orador que con el paso de los años y el desgaste político, se ha convertido en un demagogo que quiere convencer a los israelíes que él es el único que puede mantenerlos a salvo.

Cambios demográficos presentes y futuros en Israel: el ascenso imparable de los partidos religiosos de derecha

Es en los cambios demográficos donde situamos nuestra explicación a largo plazo de por qué los partidos políticos en Israel pierden popularidad o incluso fracasan: a medida que las poblaciones cambian en una democracia, también lo hacen los partidos políticos. Al menos en el caso de Israel, este hecho cambiará radicalmente la cara de Israel y, ciertamente, de los partidos políticos en el poder y de aquellos que no lograrán obtener suficientes votos para siquiera tener una representación en algún gobierno de coalición.

Conviene aclararle al lector que alrededor del 20 por ciento de la población de Israel es árabe musulmana (82 por ciento), árabe drusa (nueve por ciento) y árabe cristiana (nueve por ciento). Aunque no los hemos considerado en este ensayo, porque su poder político aún es exiguo, se espera que para 2025 constituyan alrededor del 25 por ciento de la población de Israel, lo que radicalizará aún más el espectro político del país. Sin embargo, al menos por el momento, nos concentraremos en el pueblo judío, que representa alrededor del 80 por ciento de la población.

Los judíos israelíes se identifican principalmente con alguno de los siguientes grupos: Haredi (ultraortodoxos), Dati (religiosos), Masorti (tradicionales) y Hiloni (seculares). Las preferencias electorales de cada grupo son bastante claras: Haredi y Dati tienden a votar por partidos que defienden una agenda religiosa, mientras que Masorti y Hiloni por aquellos que defienden temas definitivamente no religiosos, como la economía o una vivienda más asequible. Esta distinción es muy profun-

da en Israel. Por ejemplo, a pesar de que la educación en Israel ya está dividida en religiosa y no religiosa, con una línea muy pequeña de educación para los judíos tradicionales, la población religiosa en Israel exige una mayor integración de las materias religiosas en el sistema educativo público, especialmente en el no religioso. Por ello, en la medida en que más gente vote por los partidos que apoyan la inclusión de la religión en la educación, estos elementos se incluirán en la educación incluso de aquellos que no lo desean, como los Hiloni, que prefieren educar a sus hijos, no en la religión, sino en las herramientas que les permitan prosperar en el mundo moderno (lenguas extranjeras, ciencias o matemáticas, por ejemplo). Además, esto es más preocupante aún en la medida en que las plataformas de los partidos políticos que apoyan y votan los Haredi y Dati están abiertamente en contra de un estado laico y liberal, al grado de que están dispuestos a destruir al Estado de Israel en la forma que hoy lo conocemos. Todos los datos apuntan a esto como una gran posibilidad más temprano que tarde.

Estudios muy recientes están haciendo sonar una señal de alarma: en 2020, el 22 por ciento de los estudiantes de primer grado eran árabes israelíes, el 21 por ciento eran judíos Haredi. Agreguese el 15 por ciento de los estudiantes de primer grado que son judíos Dati, lo que significa que en poco más de una década, el 58 por ciento de los votantes serán árabes (musulmanes o cristianos) y judíos ortodoxos (36 por ciento). Ambos grupos votarán según sus ideologías y en base a sentimientos tribales (partidos religiosos judíos contra árabes y viceversa). Esto supondrá un cambio radical en los partidos políticos que podrán formar gobierno en detrimento de los que lo han hecho desde la fundación de Israel, tal y como le sucedió a Meretz, que no consiguió los votos mínimos necesarios para alcanzar representación en el Knesset.

La siguiente tabla nos muestra la división ideológica que tiene actualmente la 25ª Knesset:

	Derecha y Centro Derecha (escaños)	Centro Izquierda e Izquierda (escaños)	Partidos Árabes (escaños)	Total
	Likud (32)	Yesh Atid (24)	Hadash-Ta'al (5)	
	Shas (11)	Partido de la Unidad Nacional (12)	Lista Árabe Unida (5)	
	Sionismo Religioso (7)	Laborista (4)		
	Judaísmo Unido de la Torah (7)			
	Otzma Yehudit (6)			
	Israel Beitenu (6)			
	Noam (1)			
Total	70	40	10	120
	Elaboración propia a partir de: https://knesset.gov.il/mk/eng/mkindex_current_eng.asp?view=1			

Los partidos de centro y centroizquierda juntos (Yesh Atid, Partido de Unidad Nacional y Laborista) cuentan con 40 escaños, mientras que los partidos de derecha y centroderecha (Likud, Shas, Sionismo Religioso, Judaísmo Unido de la Torá, Otzma Yehudit, Israel Beitenu y Noam) disponen en conjunto de 70 escaños. Aunque algunos partidos de centroderecha son

religiosos y otros no, tienen bastante en común para construir una coalición de gobierno que supera en escaños por más del 75% a la oposición de izquierda y centroizquierda. Debido a las coaliciones, los partidos más pequeños tienen el poder de controlar muchas de las decisiones, en la medida en que su abandono de la coalición pueda hacer que caiga el gobierno, lo que ya ha sucedido en un par de ocasiones. La situación del actual gobierno es particularmente complicada, en la medida en que Bibi Netanyahu, el jefe del Likud, el partido más votado, está siendo investigado por cargos de corrupción; pero, como al menos mientras sea jefe de gobierno es prácticamente inmune a dichos cargos, Netanyahu tiene un gran interés personal en mantenerse en el poder, aún a costa de tener que complacer a sus aliados de coalición más radicales, todos los cuales son religiosos y/o de derecha. Razón por la cual coinciden en cómo resolver el enigma palestino: seguir construyendo asentamientos en Cisjordania, pues religiosamente hablando les pertenece de acuerdo a la Biblia. De esta manera, más temprano que tarde Cisjordania se convertirá formalmente en territorio israelí, quedando sin resolver lo que sucederá con los millones de palestinos que viven allí, lo que día con día no es sino una bomba de tiempo, como se puede ver en la violencia recurrente hacia los judíos israelíes. En la medida en que la solución a corto plazo del problema palestino está más lejos que nunca, no se verá en generaciones la luz al final del túnel que lleve a una solución de largo plazo.

Conclusión

Cuando surgieron los movimientos nacionalistas en Europa a fines del siglo XVIII y XIX, los judíos que vivían en Europa también se vieron atrapados en la fiebre del nacionalismo, especialmente porque no habían vivido en su país de origen durante más de 2 mil años, habiendo sido diezmados por lo menos dos veces a lo largo de los siglos. Cada año, durante el servicio religioso de la Pascua, los judíos terminan sus oracio-

nes diciendo: "El próximo año en Jerusalén". Durante siglos habían estado repitiéndose esto, hasta que finalmente se presentó el momento en que sintieron que podían regresar a la tierra que se vieron obligados a abandonar hacia siglos. Sin embargo, la visión sionista de Herzl no era la de un estado religioso, sino uno en donde todos, absolutamente todos los ju-



díos pudieran reunirse. Era un sueño para una nación de seres humanos, no para una religión.

Aunque la religión siempre ha sido parte del paisaje israelí (todos los asuntos familiares deben pasar por el Rabinato), en sus inicios el Estado de Israel tuvo un sesgo socialista, donde la religión no estaba excluida, pero no era el centro del programa político. Con el paso del tiempo, los cambios demográficos han derivado en un aumento del número de religiosos, lo que aunado al cansancio por el estancamiento político con los palestinos, ha movido el sistema político de Israel hacia una situación política y religiosa cada vez más hacia la derecha, en la que la izquierda básicamente ha desaparecido.

La estructura demográfica de Israel está cambiando y los partidos políticos que carecen de un trasfondo religioso simplemente están perdiendo su atractivo con una población cada vez más joven y religiosa. Con la invasión curricular de las escuelas por parte de los más extremistas religiosos, Israel está dejando peligrosamente de ser una democracia, para transformarse en una teocracia. Añádase a ello la falta de un lideraz-

go que cohesione a los partidos de izquierda, para entender la grave situación por la que atraviesa el país.

No existen razones universales entre los países en cuanto a por qué fracasan los partidos políticos. Cada país tiene diferentes historias, poblaciones y creencias. El caso de Israel presentado en este artículo es único en cuanto a que, a pesar de haber sido fundado por el sionismo no religioso, al cumplir 75 años se está volcando hacia un extremismo religioso como forma de vida, impulsado por los partidos de extrema derecha. Los partidos de centro e izquierda han perdido lentamente poder e influencia a lo largo de los años, por lo que se puede concluir que han fracasado en su afán por hacerse con el favor político de la sociedad israelí. Hoy en día, los partidos de izquierda están a punto de desaparecer de la Knesset, si no cambian radicalmente sus plataformas políticas. Esto no presagia nada bueno para el futuro de la que, a pesar de todo, sigue siendo todavía la única democracia (efectiva) en el Medio Oriente.

Democracia, partidos, o movilidad de la sociedad civil

Alberto Spektorowski

Tel *Aviv*.- No es posible concebir la democracia liberal sin instituciones estatales que respeten la división y el balance de poderes. Se puede afirmar también que una de las instituciones más importantes de la democracia y que sin ella es difícil concebir la democracia son los partidos políticos. Sin tales organizaciones de ciudadanos, a través de las cuales los ciudadanos plantean demandas, promueven ideologías y puntos de vista, acerca de la vida política del país, y más allá. Es cierto también que la democracia liberal no se respalda solo en partidos políticos. Una sociedad civil en alerta, organizada en múltiples organizaciones civiles, es también la garantía de la democracia. Sin duda entonces que un balance entre partidos que luchan por el poder y al mismo tiempo una sociedad civil movilizadora, y un marco constitucional respetado, aparentemente pueden llegar a garantizar el desarrollo de una sociedad democrática.

Sin embargo, esas premisas, que básicamente son aceptadas por el sentido común, no siempre aseguran la estabilidad democrática. En la república de Weimar teníamos una constitución liberal, una plenitud de partidos políticos y una tremenda movilización de la sociedad civil, que llevó al fin de la democracia. Países con partidos tradicionales cayeron en América Latina bajo la tentación autoritaria, y hoy mismo, el país constitucional y democrático por excelencia, con partidos fuertes y tradicionales como los Estados Unidos, no está exento de tentaciones autoritarias. Por ahora la democracia americana aguantó bien los embates autoritarios, pero nada asegura su futuro.

Lo que resulta claro es que el paso de la democracia al autoritarismo no depende, ni se protege a sí mismo, solo con los famosos mecanismos de control democrático. Sin embargo, y a pesar de ello, luego de hacer la salvedad pertinente, seguimos manteniendo que una democracia partidista,

es decir, una democracia basada en partidos políticos estables y tradicionales, proporciona una mayor tranquilidad a los defensores de la democracia. ¿Por qué?

Ese pensamiento estuvo muy en boga en la Europa de post-guerra. No podíamos llegar a pensar en la reconstrucción europea, tanto política como económicamente, sin la contribución de los partidos políticos tradicionales. La Democracia Cristiana fue la líder del proceso de unificación europea, y la Social Democracia ha sido la líder de la reconstrucción industrial y de los sistemas de bienestar social que solidificaron las democracias.

En la actualidad, sin embargo, se ve con honda preocupación que estos viejos partidos tradicionales ya no son tan influyentes como solían ser. Como lo afirma Anna Gryzmala, los partidos dominantes tanto de centro-izquierda como de centro-derecha no logran hoy representar a los electorados, articular sus necesidades y proponer soluciones políticas pertinentes. El centro-izquierda ha abandonado sus compromisos tradicionales de política social, y el centro-derecha a menudo no ha logrado contener a los xenófobos y nativistas. Para los votantes, estos fracasos validaron las afirmaciones populistas de que el "statu quo" político equivale a gobernar a través de un grupo de élite corrupto y egoísta, y que solo las soluciones radicales podrían garantizar una representación real de "la gente".

Investigadores como Alessandro Chiaramonte y Vincenzo Emanuele han puesto el énfasis en la creciente volatilidad del sistema de partidos de Europa Occidental desde la Segunda Guerra Mundial; y eso se da precisamente por el debilitamiento de los partidos centrales.

Para otros observadores, sin embargo, no es solo el hecho de que los grandes partidos políticos están en déficit, sino que el partido político en general, o la política partidista está en crisis. Piero Ignazi, Rus-



sel Dalton y Martin Wattenberg destacan el papel decreciente de los partidos políticos en general, y Thomas Carothers destaca una insatisfacción pública generalizada con los partidos, en países que experimentaron la "tercera ola" de democratización, desde la década de 1970, hasta la década de 1990.

Ante esta situación, cabe la pregunta acerca de si es un poco apresurado asegurar que la función de los partidos tradicionales ha culminado; y también, dado el creciente pesimismo sobre el futuro de la democracia, cabe la pregunta acerca de si es un poco apresurado afirmar el fin de la democracia. Las opiniones al respecto varían enormemente y todas están fundamentadas.

No faltan observadores que han destacado que desde la época de la pandemia, una brisa de esperanza ha empezado a soplar para los defensores de los partidos tradicionales. Temas que eran dominados por la Social Democracia en el pasado, volvieron a ser importantes precisamente lue-

go de un largo periodo neoliberal. Planteamientos históricamente asociados a la izquierda reformista, como el papel del estado en la economía y la necesidad de unos servicios públicos sólidos, recobran vigencia.

El nuevo "momento" de esperanza socialdemocrática se completa, por así decirlo, con resultados electorales satisfactorios tanto en Alemania como en Noruega. A estos buenos resultados se le suman, también, la consolidación de la coalición dirigida por la Social Democracia en Dinamarca, y la estabilidad del gobierno socialista de España. Todos estos son signos esperanzadores.

Sin embargo, a pesar de ciertas voces de esperanza, lo que innegablemente está sucediendo, de acuerdo a otros observadores, es la fragmentación de los sistemas políticos, y más aún, la fragmentación de los partidos tradicionales. Esto por supuesto no representa el fin de los partidos políticos, sino la emergencia de partidos más representativos de la sectorización de

la sociedad. Partidos que en el pasado podían llegar a recibir solos el 40 por ciento del voto, hoy tienen que compartir el electorado con muchos nuevos partidos, tanto de la derecha radical, como de una nueva izquierda progresiva. Los tres principales partidos de los Países Bajos logran cuando mucho el 40% de los votos entre ellos; y lo mismo en la Alemania gobernada por la Social Democracia, donde observamos a partidos liberales, verdes y la populista anti-inmigrante AfD, que rompen el viejo bipartidismo que perduró desde la segunda guerra mundial. En las elecciones presidenciales de Austria de 2018, los partidos de centro derecha y centro izquierda apenas obtuvieron 10 % de los votos cada uno. En Francia, partidos mítológicos como el Socialista, casi desaparecen del mapa político. Los mismos gaullistas, representados por el Partido Republicano, no tienen el peso que tenían en el pasado. El relativamente nuevo partido de E. Macron, "Francia en Marcha", está hoy en el gobierno sin mayoría parlamentaria; y en cierta forma

disfruta del cordón sanitario, con lo que los partidos democráticos bloquean a la derecha radical. No es alocado suponer que en un futuro no lejano el populismo de derecha de Le Pen y el de izquierda de Luc Melancon combinen sus fuerzas.

En Inglaterra, dada las características de su sistema político, que no da mucho lugar al surgimiento y fortalecimiento de terceras fuerzas políticas, aún contamos con un bipartidismo fuerte, en donde el laborismo y los conservadores torios aún dominan el escenario político.

¿Qué nos dice esto? ¿Que la democracia puede caer o se debilita por esto, o solo se transforma? ¿No será que una sociedad civil movilizadora es suficiente garantía para mantener la democracia y en tal caso sea menos importante un sistema de partidos políticos que ya perdió credibilidad? Muchos observadores son claros y precisos en denegar de la opción de la sociedad movilizadora sin partidos, o con partidos débiles. Eso conlleva un golpe mortal a la democracia. Según Kurt Weyland, el ejemplo

de Europa de mitad del siglo XIX nos da un claro ejemplo de lo que sucede cuando no hay partidos políticos organizados que coordinen movimientos de protesta. Decenas de levantamientos masivos antimonárquicos barrieron Europa en 1848, después de que los manifestantes franceses derrocaran al rey Luis Felipe. Sin embargo, como afirma Kurt Weyland, tales levantamientos no produjeron resultados políticos duraderos. La descordinación de los levantamientos y la pobre evaluación de la conyuntura política llevó al fracaso del levantamiento anti-monárquico. Sin embargo, en el periodo de entre las dos guerras mundiales vemos, según Weyland, un proceso diferente. La moderación con la que los partidos políticos se comportaron en épocas de disturbios al final de la Primera Guerra Mundial, produjo una democratización más duradera en los países de Europa occidental. Luego de las huelgas inspirada en la Revolución Rusa, que estallaron en Europa, vemos cómo los partidos socialdemócratas y sus sindicatos aliados en Austria y Alemania trabajaron para moderar los disturbios y presionar por la reforma una vez que terminase la guerra. Los líderes socialdemócratas evaluaron correctamente que el momento era inoportuno, debido a la capacidad de represión que poseían los estados.

También Sherry Berman dio a entender que teorías democráticas que ponen énfasis en la sociedad civil como salvaguardia de la democracia, pierden la perspectiva de que en la república de Weimar había una sociedad civil activa, y en cierta forma ese super activismo dinámico le sirvió a la movilización nazi. Hoy en día, la crisis de representación del liberalismo ha permitido también la incorporación a la lucha política de partidos de derecha radical, que juegan exactamente el juego democrático, para derrotar finalmente a la democracia. Ergo, confiar en la movilización de la sociedad civil, no siempre es oportuno.

Más aún, una fuerte movilización social y una pérdida de influencia de los partidos políticos institucionalizados, pueden debilitar seriamente a la economía. Las movilizaciones sociales, la volatilidad política, la violación de los principios de la democracia liberal en Israel, por ejemplo, han ahuyentado inversiones. También lo que se vivió en Francia durante un periodo de volatilidad política parlamentaria, que se dio entre 1993 y 2002, en el que el partido más grande perdería al menos una sexta parte de los escaños en la Asamblea Nacional, produjo pánico a los inversionistas. Durante la elección subsiguiente, la inversión extranjera directa fluctuó dramática-



mente en el año siguiente a las elecciones, descendiendo a una cuarta parte en 1994, subiendo casi un 30 por ciento en 1998 y cayendo de nuevo casi el 20 por ciento en 2003. La relación economía y estabilidad política es directa. Y la relación entre estabilidad política y gobierno de partidos históricos es directa también.

Todo esto nos lleva a conclusiones mezcladas. Estabilidad partidaria en una democracia consensuada es lo mejor para la estabilidad económica. Pero bastante razón tienen los que son escépticos acerca de la estabilidad partidaria y sobre el futuro de una democracia consensuada. Ya no es una pregunta si es bueno o malo, sino de si es una opción viable hoy en día, precisamente en democracias consideradas estables.

Los cambios de agenda ideológicas son producto de la nueva era post materialista. Como bien lo marca Ronald Inglehart en su libro, *The Silent Revolution* (1977), en donde exploró el cambio de valores en las sociedades desarrolladas, las nuevas agendas poco tienen que ver con las disputas socioeconómicas defendidas por distintos partidos políticos en el pasado. Temas como la autonomía personal, la identidad, la autorealización, son los temas del mundo desarrollado post materialista. Este cambio sustentó el nacimiento del movimiento ambientalista y los movimientos por la igualdad de género y raza, pero al mismo tiempo la sociedad post materialista también sirvió como catalizador para movimientos políticos antiinmigratorios de la derecha radical.

Sin duda, y con cierto temor podemos afirmar que la situación de hoy en día es una situación weimariana, así como lo describió Sherry Berman. Sin embargo, de la misma forma podemos afirmar que las épocas no son similares; y aunque mu-

chos se asombran con el deterioro de la democracia, ya hablan del "backsliding" democrático, por la falta de consensos básicos, al mismo tiempo que el deterioro no significa caer en el autoritarismo y el fascismo del pasado. Es duro decirlo, pero hasta las democracias no liberales, como las de Hungría y Polonia, a quienes muchos definen como no democráticas en su totalidad, dado que aún están en el marco de la Unión Europea, no han caído en el autoritarismo que conocemos del pasado. Aunque cuesta aceptarlo, Polonia no da ninguna muestra de apremio económico, sino más bien lo contrario.

En conclusión, la función de los partidos políticos en las democracias occidentales ha disminuido. Eso es un golpe sin duda para la estabilidad de la democracia liberal, que vive del buen funcionamiento de partidos estables. Sin embargo, eso no asegura la caída hacia el autoritarismo. Más aún, a pesar de que hay buenas bases para aceptar que el fin de la democracia consensuada, en donde partidos políticos se tratan como rivales y no como enemigos (como se da en muchos países democráticos en la actualidad) hay observadores como Chantall Mouffe, que suponen con cierto criterio que una democracia entre partidos enemigos puede mantenerse. Incluso, una discusión entre enemigos, que no llegan a un marco consensual compartido, puede en cierta forma revitalizar la democracia.

Los partidos políticos, entonces, no desaparecen pero sí se transforman. Los temas nuevos crean nuevos desafíos, que los partidos tradicionales y el consenso democrático pasado no puede abarcar. Sin embargo, es apresurado afirmar que esta evolución significa el fin de la democracia. Quizás sea su transformación obligatoria.

RAPSODIA



Luis Lauro Garza



Horacio Flores



DESTAPAN LA NOTA DEL DÍA

MARTES y JUEVES 17:00 H

facebook

15diario TV

YouTube

Desde Monterrey, Nuevo León, México

SIEMPRE

SIEMPRE UANL



ANIVERSARIO

1933 UANL 2023



UANL



La
excelencia
por principio
la **educación**
como instrumento